
El DOBLE FATAL
JOE BENNETT
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

El ser humano es morboso por naturaleza, y los procesos sensacionalistas atraen la curiosidad de la gente con una especie de irresistible fascinación que nadie se preocupa en contrarrestar.

Le seduce la crítica, la maledicencia, los escándalos de todo tipo. Le satisface ver a un semejante en apuros -y aunque en la mayoría de los casos tiende su mano para sacarlo del atolladero en el momento crítico- siente una extraña atracción por cuanto signifique retruécano y laberinto.

El doble fatal

Joe Bennett

El doble fatal

Luchadores del Espacio, 145


JOE BENNETT
EL DOBLE FATAL
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V 1.054 —1959
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA

PRÓLOGO


El doble fatal
JOE BENNETT

PRÓLOGO

El ser humano es morboso por naturaleza, y los procesos sensacionalistas atraen la curiosidad de la gente con una especie de irresistible fascinación que nadie se preocupa en contrarrestar.

Le seduce la crítica, la maledicencia, los escándalos de todo tipo. Le satisface ver a un semejante en apuros —y aunque en la mayoría de los casos tiende su mano para sacarlo del atolladero en el momento crítico— siente una extraña atracción por cuanto signifique retruécano y laberinto.

Le embriaga lo desconocido, lo turbio, lo pecaminoso y lo inexplicable. Tal vez ésta —la morbosidad— es uno de los grandes e irreparables defectos de la Raza Humana.

Desde antiguo —acaso ya en los albores del planeta— el ser racional satisfizo sus ansias curiosas contemplando los fenómenos harto sorprendentes a cargo de las criaturas irracionales. La caza despertó su instinto sanguinario. La victoria desató su atávica sed de poder. Y los descubrimientos posteriores, burdos y primitivos, atizaron el morbo elevándolo a cúspides inalcanzables.

Sabido ello, y admitida su predisposición perenne para asimilar cualquier faceta escandalosa, a nadie puede extrañar el sensacionalismo casi fabuloso con que fue acogido el proceso legal contra Jerry Holman, joven heredero de la poderosísima “Science Machine Co”, inmensamente rico, deportivo buscador de talentos y director múltiple de una cadena de sociedades dedicadas a la fabricación de los más dispares servomecanismos autónomos.

Jerry Holman, y su excitante caso de doble personalidad, acaparó durante meses las primeras páginas de los telediarios, las programaciones de carácter jurídico y fue objeto de profundos tests psiquiátricos por parte de los especialistas.

Cuando el magno Tribunal de la Corte Suprema de la Tierra inició la última fase del proceso incoado para tratar de averiguar la verdad y emitir su inapelable veredicto, la efervescencia morbosa rayaba en el delirio.

Su pleito carecía de antecedentes. No existía procedimiento adecuado para juzgar su delito. El Gran Jurado, como antes había sucedido con otros tribunales, se hallaba aturdido por una serie de hechos casi demenciales y a los que solo podía oponerse con argumentos tan ilógicos como los que el propio Jerry Holman esgrimía para su defensa. ¿Era culpable o inocente? He aquí la espinosa cuestión.

Ello levantó una inmensa ola de expectación. Fue algo

monstruoso. Reporteros de todas las partes del mundo buscaron influencias políticas, tratando de lograr el ansiado pase verde que franquearía las puertas de la sala. Una muchedumbre de varios millones de personas ocupaba la zona de la ciudad cercana al Magno Tribunal, y el tráfico tuvo que ser interrumpido obligatoriamente.

Holman consiguió tanta fama, que hasta los organismos estadísticos de sucesos lo proclamaron el hombre número uno de la Tierra. Eclipsó a las mayores luminarias terrícolas y pasó a ocupar, por derecho indiscutible, el primer plano de la palpitante actualidad mundial. En ningún hogar, en ningún Centro de trabajo, esparcimiento o reclusión, se hablaba de otro tema que no fuese el suscitado por el caso Holman.

Hombres, mujeres y niños se hallaban apasionados por el proceso. Si Jerry Holman, el vigésimo descendiente de una larga rama genealógica que encabezó el multimillonario antepasado que dio nombre a toda la familia, hubiese buscado publicidad gratuita no cabe dudar de que eligió el sistema más resonante y efectivo de todos.

Pero esto era lo tragicómico del asunto. Jerry Holman no deseaba publicidad alguna... ¡estaba metido de lleno en el asunto más fantástico e intrincado que imaginarse puede!

El proceso inicial entablado contra él por el Estado de Nueva York fue fallado en su contra, y Holman declarado culpable. Sus cuatro abogados, individuos de primera fila en el campo del Derecho legal, apelaron a la Alta Corte Norteamericana y la revisión del sumario puso sobre el tapete de la Ley nuevos argumentos y cuestiones que convirtieron el debate en implacable batalla.

El suceso adquirió resonancia y sus ecos viajaron de un lugar a otro de la Tierra, escandalizando a los pobladores y despertando olas de partidismos. Ahora, en plena pujanza y acaloramiento, era al Magno Tribunal de la Corte Suprema —superior a todos los terráqueos — a quien correspondía dilucidar, de una vez para siempre, el famosísimo caso Holman.

La sala —con capacidad para treinta mil asistentes— aguardaba la declaración del joven acusado y una poderosa corriente de expectación sacudía a la ansiosa concurrencia. La última fase del juicio iba a ser teletransmitida a todo el globo. El jurado tenía los ojos fijos en el erguido Jerry Holman, ligeramente pálido pero dueño de sus nervios, que no tardaría en tomar la palabra.

Había rehusado el asesoramiento técnico y obtuvo permiso para exponer su propia autodefensa. Él sería su único abogado y pensaba explicar los hechos, desde el principio, tal y como ocurrieron, sin esgrimir artículos y jurisprudencias, lisa y llanamente obrando de acuerdo con su conciencia.

El mundo entero vivía pendiente de sus palabras. Los rostros

apuntaban unánimemente en dirección al estrado donde Jerry Holman, en medio del impenetrable silencio impuesto por el Juez Supremo, iba a iniciar su defensa por medios propios. En el registro de entrada figuraban anotadas más de dos mil mujeres, la mayor parte de las cuales pertenecían a Asociaciones, Centros Femeninos y desempeñaban corresponsalías del servicio informativo.

De todas ellas, pese a que la atención en sus abiertos escrutinios parecía ser el común denominador, sólo una en particular encerraba decisiva importancia para el acusado. Era Sylvia Ferrell, su prometida

Ocupaba un puesto en las primeras filas y, posiblemente, sería requerida a declarar otra vez al objeto de que prestase su concurso en el intrincado asunto.

Sylvia ya lo hizo en ocasiones precedentes. Apenas podía dominar los nervios, porque la emoción la embargaba con poderosa intensidad. Sus bellísimos ojos azules, un tanto empañados por el brillo delator de las lágrimas, veían a Jerry borrosamente. Entre ambos se cruzaban mensajes oculares de aliento y amor. Sabían que su felicidad futura dependía enteramente del fallo del Tribunal.

—Se abre la sesión —dijo entonces el Juez Supremo con su profunda voz de bajo—. El acusado tiene la palabra.

—Gracias, Ilustrísima Señoría —contestó Jerry despacio, tras la corta pausa que siguió a la autorización—. Comparezco ahora libre de asesoramiento legal. Desde que fui encausado por la Ley, he respondido a las preguntas de los magistrados, y me he visto obligado a actuar un tanto en desacuerdo con mis principios, ya que debía seguir las directrices marcadas por mis cuatro abogados. Mi solicitud de improvisar la autodefensa, aprobada como es sabido por todos, representa una oportunidad que deseo aprovechar para exponer libremente la verdad de lo ocurrido. Este será, pues, mi mejor alegato. Cuando haya terminado, el Jurado emitirá su veredicto de culpabilidad o absolución. Confío en Dios y cifro en El mis mejores esperanzas. Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Con la venia de la sala. Comienzo…

Y así, dominando las emociones —luchando con su tremendo anhelo de libertad-Jerry Holman contó a todos los habitantes de la Tierra la historia que empezó con auspicios de éxito… y terminaba, de momento, en el banquillo de un Tribunal bajo la acusación de asesinato premeditado. Sepámosla también, narrada por sus propios labios. Nuestro voto puede salvarlo o enviarlo para siempre al exterminio.

CAPÍTULO I

EL VIEJO INVENTOR

Conocí al doctor Kurt Berkeley de una forma realmente fortuita.

Hasta el día que Dixon Koes me habló de él, yo ignoraba su existencia, sus actividades y, naturalmente, la decisiva influencia que iba a ejercer sobre mi persona y el ritmo de la existencia antes pacífica.

Tal vez no acierte a explicar algunos sucesos con la fuerza dramática y elocuencia precisa para llevar al ánimo de quienes algún día deberán juzgarme la evidencia de mi obligada actuación. He oído decir que muchos me califican de víctima de las circunstancias.

Creo que lo soy. El destino me eligió a mí... del mismo modo que habría podido hacerlo con cualquiera de ustedes.

Pero hablaba de Kurt Berkeley y de Dixon Koes. Deseo establecer las incidencias con progresión cronológica. Recuerdo indeleblemente punto por punto lo que ocurrió.

Aquella mañana —un hermoso y primaveral lunes— me hallaba firmando los pliegos de un contrato de concesión que mi secretaria había depositado horas antes sobre la mesa del despacho particular que ocupo en el Directorio de la “Science Machine Co”, la empresa más fuerte y famosa de cuantas fundara el apellido Holman.

Dixon, como de costumbre, entró sin hacerse anunciar previamente, pillándome en plena labor.

—¡Hola, Jerry! —saludó—. Espléndido día, ¿eh? Te pasas la vida encerrado en estas cuatro paredes y creo que ello tiene la culpa de que seas un gruñón y un joven prematuramente caviloso por problemas de persona mayor. He dicho.

—Llevabas aprendida la lección —sonreí—. ¿Alguna novedad?

—Sí. Una que vale por mil. ¿Dispone nuestro atareado director de tiempo para escucharme?

—Dispongo. Siéntate. Enseguida soy contigo. Doce firmas más... y te dedico toda la atención que mereces.

—Gracias, genio. Creo mi deber acabar fabricándote un brazo mecánico. Te lo has ganado por méritos de trabajo, Jerry.

—Siempre estás de broma, Dixon. La cualidad básica del hombre despreocupado.

—Lo cual no deja de ser casi milagroso conviviendo con personajes de tus características. Eres tan serio como un trozo de cuarzo. No comprendo por qué Sylvia, que rezuma lozanía y vitalidad, se ha enamorado de un individuo como tú.

—Tengo mis armas secretas.

—Ya. Eso debe ser.

Dixon Koes siempre me ha tratado con familiaridad. Los miembros del Consejo de Administración opinaban con frecuencia que se pasaba de la raya y resultaba excesiva. Acaso estén en lo cierto. Pero Dixon, aparte su condición de ingeniero electrodinámico de la “Science” es amigo desde la infancia.

Nos prodigábamos continuas libertades y jamás tuvimos que lamentar enojos. Acabé, pues, la firma y volví mi sillón hacia él, contemplándole a través de la nube de humo que escapaba de su cigarrillo recién encendido.

—Abre la espita —sugerí, eligiendo también uno de los cigarrillos alineados en el humitor centrípeto.

—Se trata de un inventor. Desea entablar negociaciones contigo.

—He conocido a un millón de inventores, que se calificaban a sí mismos de extraordinarios, en los últimos cinco años —repliqué, prendiendo fuego al pitillo y aspirando una fresca bocanada—. Igualmente se esforzaron en venderme sus descubrimientos para que la Compañía los colocara en el mercado e iniciase la explotación masiva. No me parece que tu novedad valga por mil. Quizá... quizá me equivoque. ¿Qué contestas?

—Te equivocas —dijo Dixon con seguridad—. Este inventor vale su peso en *radium*. Si es cierto cuanto me ha dejado adivinar, la “Science Machine Co” se enriquecerá hasta cumbres insospechadas adquiriendo la patente de su curioso aparato al que llama *multirreproductor* —inició una sonrisa irónica que yo conocía bien—. O nos arruinaremos tan fulminantemente que el fin de nuestros días será mendigar por las calles —agregó.

—Algo revolucionario, ¿no?

—Fantástico —describió Dixon—. Es la designación adecuada. Y como todo lo fantástico... increíble. Está loco de remate, o nos hallamos ante la persona más superdotada que habita nuestra caduca Tierra. El descubrir lo que denomina *ciclos reproductores* le ha costado cuarenta años de estudios y trabajo intensos. Es sencillamente fabuloso su aparatito, Jerry. Anonadante. Desde que lo averigüé estoy sobre ascuas y temo que el corazón me late ahora arriba de la nariz.

—Exageras.

—Muy bien —aceptó Dixon, risueño—. No me creas. Soy un alarmista y un alucinado. He ahí dos de tus calificaciones predilectas. Conforme. Desprecia al doctor Kurt Berkeley... ¡y los competidores del globo le arrebatarán el invento de las manos!

—Has pulsado mi fibra sensible. No soporto la rivalidad comercial. Como todos los Holman, me considero un maniático de las exclusivas sensacionales.

—Y ésta lo es. Una bomba para la Tierra.

—¿Se llama Berkeley? Háblame de él.

—Sí. Kurt Berkeley. Podrás encontrar referencias suyas en los Anuarios de Especialidades Tecnológicas. Se licenció en bioquímica a los veinte años. Perseguía una quimera que todavía flota en el aire: La esencia de la vida artificial. Posee los títulos de físico y de ingeniero electrónico. Su cultura es vastísima, y ha quemado cuarenta hermosos años de vida ideando la máquina capaz de obligar a andar de coronilla a todos los terráqueos. Si desperdicias la ocasión que te ofrezco, empezarás a morderte las uñas y no pararás hasta llegar al codo...

—Espera, Dixon —atajé—. Hablas demasiado deprisa. ¿No será otra de tus bromas?

—¿Bromeo alguna vez en cuestiones del trabajo?

—No, claro —convine, tras exhalar un chorro de humo—. Pero me horrorizan tus fecundas e inagotables facultades mentales. A veces, te dejas impresionar de tal forma... que acabas viendo lo que nadie alcanza a ver. Es muy propio de ti. ¿Recuerdas el asunto del profesor Mackenzie y su instrumento sonorizador de pensamientos?

—Sí —gruñó Dixon, mirándome de soslayo.

—Un fracaso. Tengo archivados los papeles... y algunos extractos bancarios de cuenta que ascienden a bastante dinero. El Consejo me recriminó y recibí una correcta, pero enérgica repulsa. No es reproche, compréndelo. Nos estafó a los dos. Pero yo siempre miré a Mackenzie con recelo... y debí dejarme guiar del buen sentido intuitivo que me aconsejaba desistir.

—Ahora es distinto, Jerry. ¡Por Dios que no encuentro palabras para explicártelo! —exclamó, aplastando el cigarrillo con furor.

—Bueno. Cálmate. ¿Qué ha inventado tu admirado doctor Berkeley?

—Un *multirreproductor*.

—Ya lo dijiste. Amplía el concepto.

—No, Jerry. Quiero que lo presencies por tus propios ojos. A ver qué tal se porta el buen sentido intuitivo del gran Holman.

—Oye, muchacho... Tengo suficiente trabajo, y no me seduce la perspectiva de hundirme a ciegas en confusiones.

—¿No tienes confianza en mí?

—Ilimitada, Pero dime de una vez en qué consiste el dichoso *multirreproductor* y te dedicaré un cariñoso beso en la frente.

Dixon Koes se puso de pie y me tendió su mano.

—Vamos —invitó—. Tengo el coche aparcado a media manzana de aquí. Iremos a visitar a Berkeley en su propio cubil. El inventor está muy viejo para traslados. Siempre te han atraído las cosas *en su jugo*. Invita papá Koes.

—Tómalo con tranquilidad, Dixon. Te veo excitado.

—Excitación justificada —repuso él—. No hagas preguntas. Me entusiasman las sorpresas… y además prometí al doctor que te llevaría.

—¿Se lo prometiste antes de contar con mi aprobación?

—Porque te conozco, Jerry. Mejor que tú mismo. Ya estás impaciente. Apuesto el dedo pulgar de la mano derecha. Te chifla la búsqueda y captura de talentos raros.

Sí. Dixon me conocía bien. Era todavía un adolescente cuando pasó a formar parte de la nutrida plantilla de la Compañía, y nunca le faltaron ocasiones de intimar conmigo.

Nuestra amistad profesional se extendía al terreno de lo social, ya que a menudo salíamos juntos él, Sylvia y yo. Sabía que me apasionaba fácilmente por los inventos nuevos y, aunque trataba de no darlo a entender de buenas a primeras, al final siempre conseguía salirse con la suya.

Tuvimos un breve forcejeo dialéctico y, por último, logró convencerme de que el doctor Berkeley me obsequiaría con una demostración a lo vivo de su extraordinaria máquina. Di instrucciones a mi secretaria y nos pusimos en camino hacia la villa que el inventor habitaba en las afueras de la ciudad, en plena campiña.

No negaré que la curiosidad prendía en mi ánimo y era el sentimiento predominante cuando iniciamos el paseo. Dixon conducía el potente *Thunderbird* con su escalofriante habilidad y cuando nos adentramos por la lisa y ancha autopista, pisó el acelerador a fondo.

Antes de seguir adelante, deseo hacer un corto inciso en beneficio de la historia. Admito solemnemente que ninguno de nosotros —ni siquiera Dixon— esperábamos a ciencia cierta lo que no tardaría en producirse. Mi amigo se encontraba en mejores condiciones que yo, es cierto; porque contaba con una ligera idea al respecto. Pero nada más.

En lo tocante a mí, vivía sumergido en la ignorancia más supina. He tratado con muchos inventores, como ya indiqué. Forma parte de mi cometido directorial. La “Science Machine Co” se nutre de ellos para fabricar sus productos industriales y domésticos. Estaba curado de espanto en tal sentido. Sin embargo, la ruda experiencia que me deparaba el destino me pilló desprevenido y, tal vez, fue la verdadera causa de cuanto aconteció después.

Ahora, mirando los hechos fríamente a través del prisma del tiempo, creo realmente que nunca debimos llegar tan lejos. De haberlo sabido, de poder intuir un pálido bosquejo, Dixon y yo nos habríamos detenido en el acto, dejando a merced de la competencia comercial el *multirreproductor* de Kurt Berkeley. Hubiésemos salido ganando por todos conceptos.

Mas entonces ignorábamos lo que nos reservaba el porvenir, eternamente cubierto por el velo de lo insondable y desconocido. La

idea de dejar en ridículo a Berkeley se me ocurrió poco después. Quería apurar al máximo las probabilidades de sufrir otro desengaño como el del profesor Mackenzie. Acaso fui duro y desconfiado en exceso. Debió haberme bastado la *primera prueba*. De mi dureza y desconfianza surgió, más tarde, el espécimen horripilante que nos destrozó moralmente a todos.

Prosigo con el desarrollo cronológico de los hechos, omitiendo anticipar nada antes de tiempo.

Dixon y yo volábamos literalmente sobre el acero cementado que constituía el firme de la autopista. Los árboles gigantes y los prados de la campiña desfilaban a nuestro lado con sucesión de vértigo.

La *villa* del inventor estaba situada a unas quince millas de la ciudad de Nueva York, y el acceso a la misma corría a cargo de un camino particular a la vieja usanza de asfalto, por el cual Dixon redujo la velocidad y detuvo el vehículo delante de la alta cerca que la circundaba.

La casa ofrecía un aspecto triste y positivamente descuidado. Las plantas trepadoras se emparraban por los muros de granito y manchaban de verde la oscuridad del pizarroso tejado. Un raquítico jardín, agostado por el abandono, se esparcía en derredor, sin flores ni brotes de color. Había languidez en las desnudas ventanas y un ambiente sombrío que, en general, se adueñaba del solitario paraje.

—Sus inventos no le producen grandes beneficios —comenté escéptico.

—Dentro de poco vivirá en un palacio enteramente incrustado de piedras preciosas. Ese hombre puede cambiar el destino de la Tierra, Jerry —me lo dijo de una forma que produjo escalofríos en todo mi cuerpo.

—No te dejes deslumbrar. Es la eterna canción de los inventores. Si su máquina fuese tan maravillosa como asegura… ¿por qué se empeña en ofrecemos la patente? Es fácil conseguir un crédito, y él mismo podría explotarla, sin tener que repartir las ganancias con nadie.

—Te diré una cosa que estuve pensando desde que salimos del despacho…

—Oigámosla.

—Creo que el doctor Berkeley está asustado del poderío de su invento. Esto no es nuevo, Jerry. Sucede a menudo. Las metas que el ingenio humano sueña en alcanzar, se tuercen a veces y dan productos sorprendentes. No siempre la Ciencia corona una idea y la materializa de acuerdo con el plan previsto. Algo falla, algo se tuerce… y entonces aparece el engendro de lo que, en principio, deseóse que fuera bellísima realización. Tú me comprendes, ¿verdad?

—Sí —afirmé, tras lanzar una carcajada—. Ahora eres tú el serio.

¿Dónde has escondido el acento bromista? Pero te advierto que tratando de intrigarme no conseguirás que me trague los embustes de ese hombre.

—¿Lo consideras un embustero?

—Un visionario. Es corriente en la especie humana. Estará ebrio de ilusiones y fantasías. Como todos los inventores noveles.

—Vamos a dar un gran paso, Jerry. Ojalá no nos arrepintamos.

El tono medroso de Dixon me hizo sonreír. Estoy contando la verdad y por ello no pretendo suavizar las situaciones. Yo, ante la *villa* de Berkeley, tomé a risa las súbitas prevenciones que asaltaban a mi amigo.

Ahora sé que nunca debí burlarme de él, ni, mucho menos, del doctor Berkeley. Las consecuencias iban a aplastarnos sin piedad.

Dixon pulsó el llamador y el propio doctor Berkeley, transcurridos varios minutos de espera que se me hicieron eternos, acudió a abrimos. Le estudié agudamente mientras se efectuaban las presentaciones y él se deshacía en excusas por el alto honor que le dispensaba acudiendo a visitarle en su humilde morada.

Enseguida, comprendí la causa de su aislamiento y el motivo que le impedía desplazarse a mi despacho. Le faltaba la pierna derecha y un aparato ortopédico suplía la pérdida del miembro sin excesiva fortuna.

Berkeley era un hombre viejo, de cara rugosa, ojos fríos y expresión derrumbada. Inspiraba lástima y producía una extraña congoja contemplar su penosísimo caminar arrastrando la pierna artificial. Le calculé unos setenta años. Parecía que hubiese llegado, o estuviera muy próximo, a la finitud de su vida. Quizá ello explicaba su apatía física. De hecho, y por razón de su avanzada edad, podía considerarse un inválido sujeto hasta la muerte al tormento de la pierna ortopédica y a la escualidez de sus mermadas energías. Por supuesto, vivía solo.

Los ojos, en los que centré mi escrutinio, parecían totalmente los de un cadáver. Ojos helados, sin luz, inexpresivos. Hubiese creído que correspondían a un ciego, a no ser porque el viejo inventor los hacía bailar constantemente en las órbitas. Mirarse en ellos era lo mismo que contemplar un pozo sin fondo. Un pozo vacío. Desprovisto de todo.

Vestía pobremente. Con paupérrimo desaliño. Esperaba hallar un hombre hablador, henchido, deseoso de convencerme y comunicarme sus pletóricas ilusiones. En cambio, conocí a un anciano silencioso, parco y cojo.

Acaso Dixon se dejó impresionar por su aspecto. Yo no tenía intenciones misericordiosas respecto a él y, aunque no empleé tales palabras, le di a entender, sin ambages, que no cedería fácilmente a

sus pretensiones. Una conversación de menos de quince minutos bastó para que las cosas quedasen en su justo lugar. No demostró alegría ni decepción. Al parecer, la facultad de emocionarse había huido de su ser al conjuro de la perdida pierna derecha.

—Tendrá que ofrecerme pruebas fehacientes, no palabras —concluí—. Aparte de los planos en regla para que sean examinados por mi Departamento técnico. Le libraré el oportuno recibo capaz de demostrar su propiedad ante la Ley.

—Desde luego —asintió con su voz cavernosa, de enfermo incurable—. Está usted en su derecho, señor Holman. Me pongo enteramente a su disposición. ¿Cuándo le conviene concertar la entrevista?

—Presumo que a usted le agradaría formalizar la cesión sin moverse de este lugar, doctor Berkeley —contesté, esforzándome en alejar la vista de su pierna ortopédica.

—Soy un trasto inútil —admitió con seca crueldad. Apenas puedo moverme del laboratorio y de la sala donde se encuentra instalado el *multirreproductor*. No; no teman que vaya a ofenderme. Es la verdad. Ustedes se lo callan, quizá dejándose llevar por un sentimiento piadoso. Pero yo comprendo que mi aspecto hasta llega a resultar grotesco. Sin embargo... espero conseguir inmensa fama en el planeta. Es el cerebro el que rige los destinos del mundo; no la potencia física. Yo dispongo de un gran cerebro.

Nos miraba huidizamente a Dixon y a mí mientras pronunciaba las lentas frases. Preferí soslayar la cuestión.

—Concretaremos los detalles más tarde —apunté—. ¿Qué le parece si echamos una mirada al *multirreproductor*?

—No tengo inconveniente. Puesto que voy a asociarme con la solvente “Science Machine Co”, merecen conocer el terreno que pisan. Es algo asombroso, señor Holman. No acostumbro a ponderar las cosas; pero mi máquina justifica cualquier elogio. Síganme, por favor.

Anduvimos por un pasillo en penumbras, solo alumbrado por furtivos reflejos de sol, ya que los empolvados cristales de las ventanas oficiaban de vidrio traslúcido. Puede que no haya definido exactamente la impresión que me produjo la *villa*. La encontraba tétrica y lóbrega. Igual que una tumba abierta tras muchos años de su lapidación.

Y aquel hombre de figura mutilada y pasos torpones, poseía algo de ultraterreno que obligaba a asociarlo con tenebrosidades del Más Allá.

Sin embargo —por absurdo que parezca— mi encomiable sentido intuitivo permanecía aletargado. Sin el menor síntoma de recelo o desconfianza. Kurt Berkeley me había sorprendido por la sencillez de sus manifestaciones. Acaso, porque se abstuvo de exprimir el tema

propagandístico loando las cualidades de su invento.

Esto era algo que no encajaba con la psicología general de cuantos científicos traté con antelación. En realidad, no aportó excesiva luz sobre el trajineado *multirreproductor*. Al contrario. Se limitaba a ofrecernos una prueba... y permitir que juzgásemos por nosotros mismos.

Su actitud continuaba serena y firmé, consciente de la situación y decidido a plantear sus condiciones cuando ya hubiésemos saboreado las primicias del aparato. Ello abogaba en su favor.

Miré a Dixon de soslayo, y capté su expresión contraída, anhelosa. Debía estar dándole vueltas en la cabeza a multitud de pensamientos. Nadie habría reconocido su continente preocupado en el habitual aire jovial, partidario en todo momento de bromas.

Algo iba a ocurrir. Algo inconcebible. Lo presentía.

Por eso, cuando abandonamos el pasillo y descendimos una mohosa escalera que se adentraba en las profundidades de un sótano, comprendí que la "Science Machine Co" iba a dar en el clavo de una de las *exclusivas sensacionales* tan del gusto de nuestra Empresa.

El sótano —una antañosa bodega adaptada como centro de experiencias— olía a ácidos, a descargas eléctricas y a misterio. No fantaseo. Relato la verdad.

La atmósfera enrarecida hirió mi pituitaria y obligóme a respirar con cierta dificultad. Kurt Berkeley encendió la luz, bañando en claridad la atiborrada estancia.

Mientras me aclimataba al ambiente, y el viejo nos otorgaba una brevísima explicación relativa a los instrumentos que ocupaban las dos terceras partes, recorrí con la mirada hasta el último rincón iluminado.

En líneas generales —buscando el acopio de conocimientos que poseo sobre ingeniería electrónica— el *multirreproductor* me recordó un horno solar de apariencia más compleja. Brillaban sus porciones de acero, de cromo y de aluminio al baño de plata. Estos metales los distinguí sin esfuerzo. Pero existían superficies externas de color tornasolado, planchas de aleación, y que me inclinaron a pensar en fusiones de tungsteno, plutonio y un elemento demasiado rico para emplearlo en construcción mecánica: Oro. He aquí un punto fascinante.

El *multirreproductor* se hallaba fabricado con oro puro en muchas de sus secciones. Vi esferas y manómetros graduados. Una tabla de tensiones de alto voltaje, reductores, y un tubo rematado por una esfera platinada, totalmente cubierta de electrodos.

El sector izquierdo mostraba —tuve la paciencia de contarlos— dieciséis conos giroscópicos adaptados a agujas oscilógrafas. En la parte inferior, junto a dos pantallas fúlgidas, descubrí una escala de

milimicros.

No creí que guardasen ilación unas cosas con otras. No lo creí... *entonces*.

Todo resultaba enervante... y desconocido. Cuando dimos la vuelta a la máquina, guiados por el cojo Berkeley y acompañados de su voz que resonaba posesivamente en la estancia, me detuve frente a una especie de plataforma graduable a voluntad. Junto a ella resaltaban mandos de dirección, palancas rotuladas y un orificio protegido de red metálica casi idéntico a las toberas reactoriales de motores protónicos.

Escapaba un suave aroma a alcohol metílico o a cloroformo inóxido. No sé. Tuve un mal presagio. Recordé, de pronto, la licenciatura de Kurt Berkeley y sus estudios bioquímicos. Y aunque rechacé de plano las prevenciones, en mi mente se estancó un pequeño poso motivado por ellas.

—Esperen a verlo actuar —sonrió el viejo, cuya faz resplandecía con transparencia casi cristalina—. Con mi máquina lograré borrar de la Tierra el concepto de las cosas *únicas*. Ahora existirán duplicados, triplicados y...

—¿Qué dice, doctor Berkeley? —interrumpí.

—Esperen a verlo actuar —repitió—. Ningún mortal ha visto, sino en sueños, lo que ustedes van a presenciar. Colóquense en este lado, por favor. Tomen asiento. Más vale que se encuentren cómodos.

Había un banquillo rústico, sin respaldo, arrinconado junto a la pared. Dixon y yo obedecimos, ganados por la sugestión que dimanaba de la voz de Berkeley. Yo seguía contemplando el multirreproductor y esbozando hipótesis. Vivía una curiosa sensación, desde luego.

Poco antes, en mi modernísimo despacho del Directorio, me consideraba una persona importante, influyente y autoritaria en todos sentidos. Ahora, no. Ahora era Berkeley quien mandaba, quien dominaba la situación. Hasta me atrevería a decir que nos manejaba a su antojo.

No dejaban de ser aprensiones mías, naturalmente. Yo representaba la pieza decisiva de su vida y por eso acudió, valiéndose de Dixon Koes, para que le tendiese la mano. Él y su invento, por muy bueno que fuese, no valían nada. Necesitaba alguien que financiase la explotación, *alguien con prestigio comercial*, y le diese participación en los beneficios. Él poseía el talismán; pero sólo yo lograría valorizarlo aportando dinero, experiencia y conocimientos mercantiles.

—Hace siglos que los hombres de ciencia buscan el medio de reproducir objetos —explicó, de pronto, empleando un tono retórico—. Es una quimera, como antaño lo fuera la de producir oro utilizando la alquimia o piedras preciosas por procesos químicos. Mucho se ha avanzado en nuestros días, señor Holman. He oído hablar

de *reproductores* casi perfectos, capaces de duplicar una pintura famosa, una joya incomparable o una pieza de museo. Fíjense. He dicho casi. También ustedes conocerán estos logros científicos. Pero todos se han quedado a la mitad —sonrió con murmullo cavernoso—. A esos inventos les falta selectividad y justeza mimetizadora. Un cuadro de los viejos maestros que utilizaban aceites vegetales y lapislázuli para ligar los colores, por ejemplo, no llega a lograrse a la perfección. Cualquier profano descubre la anomalía y, en consecuencia, la falsedad. Jamás, ni aun retocándolo profesionalmente, se engañaría a un experto. Yo —volvió a sonreír— he enterrado cuarenta años de vida y una pierna. He construido un *multirreproductor* sin igual. El mejor. Les desafío a que separen el original de la copia… después del proceso cíclico de reproducción.

—¿Esa máquina consigue fabricar *copias gemelas*? —indagué con cierta alteración.

—Sí —contestó lacónicamente—. Copias *originales*. Duplica lo que se proponga realizar. ¿Les sorprende?

Dixon tragó saliva y el sonido de su nuez escuchóse claramente en el silencio que siguió a la declaración. ¿Estaba loco aquel hombre? ¿Cómo íbamos a creer semejante patraña? ¡Lo rechazaba de plano por imposible y fantástico!

—No se precipiten en sus juicios —se anticipó Berkeley—. Dejen las protestas para después, señores. Sé que resulta un poco difícil de digerir. Pero cosas más grandes les reservo todavía. ¡Yo puedo reproducir *seres vivos*!

—¡No! —grité, impulsivo—. ¿Me has hecho venir para perder el tiempo, Dixon?

Mi amigo parecía anonadado, igual que bajo una fuerte hipnosis. Tuve que sacudirlo por los hombros, rudo, mientras el viejo inventor desgranaba el diapasón reptilesco de su risa agorera.

—Sujete los nervios, señor Holman —agregó Berkeley—. Previniendo lo que iba a suceder, le hice jurar al señor Koes que no revelaría la transcendencia de mi descubrimiento. Conozco la naturaleza humana… y usted nunca habría accedido a visitarme sabiendo de antemano lo que me proponía mostrarle. No crea que he perdido la razón. Estoy tan cuerdo como ustedes dos. Simplemente, he resuelto un problema de desdoblamiento de *material orgánico* por sistemas científicos.

—No doy crédito a sus palabras —gruñí.

—Ya lo suponía. Dará todo el crédito, y todo su apoyo, *a los hechos*. Su compañía pasará a convertirse en la más famosa del mundo. En el fondo, es usted reaccionario a las innovaciones demasiado estruendosas, señor Holman. Me han sobrado ocasiones de estudiarle desde que llegó. Pero… ¿no pensarían millones de personas

igual que usted cuando un inventor primerizo habló del anticuado cerebro electrónico? ¡Una máquina calculando con mayor precisión y rapidez que doscientos sabios! ¿No tiene mucho de fantástico?

—No deseo discutir, doctor Berkeley. Inicie la prueba. Después comenzaremos a reírnos el uno del otro.

—Mi triunfo está garantizado... y no me reiré de su incredulidad. ¿Qué iba a ganar con burlas? Además, usted será mi socio. Ha de reinar el buen entendimiento y la concordia. Es una base sólida para el mutuo éxito comercial.

—Vayamos al grano —rezongué.

—A eso voy, amigos. Directo al grano. No quiero prodigar las explicaciones, lo habrán comprendido, ¿verdad? Si he llegado hasta la feliz consecución de mi *multirreproductor* ha sido, precisamente, laborando en secreto. Quizá entre en la meta un poco tarde, porque soy viejo y me siento agotado. Un trabajo arduo, extenuante, se lo aseguro. Pero he llegado. Todavía estoy a tiempo de muchas cosas. Ahora me regalaré con cuanto ambiciono.

—Doctor Berkeley... —empecé.

—Diga, señor Holman.

—Es usted lo que yo llamo un visionario. Lo tomaré como una ofensa grave y actuaré en consecuencia. Las personas de su desequilibrada mentalidad no causan bien. a la sociedad y resulta de todo punto reprobable que anden sueltas por el mundo.

Vi que palidecía. Si entonces hubiese sospechado —aunque fuese en un atisbo fugaz— lo que se cernía sobre mí, tal vez le habría replicado con menos aspereza y sequedad. O quizá, hubiese mantenido la boca cerrada, imitando la estupefacta actitud de Dixon.

Era yo quien, a sabiendas, ofendía la dignidad profesional del anciano y ultrajaba su honor. Le tildaba de embustero... y de loco.

Semanas después —con calma— he pensado si Berkeley no se propuso darle una bárbara lección a mi soberbia y estúpida ignorancia cuando consintió a reproducir el ente que acabaría llevándome ante el Magno Tribunal de la Corte Suprema.

Creo mejor seguir con mi programa inicial. Cada suceso a su tiempo. Entonces —aquella mañana saturada de emociones superexcitantes— Berkeley demostró extraordinario dominio de sus reacciones anímicas. Venció la palidez y los deseos de dedicarme una áspera réplica.

En lugar de sulfurarse, inclinó la cabeza, apretó los dientes y rodeó la máquina con pasos menudos, arrastrando el lastre de la pierna artificial. Me defraudó su pacifismo y sentí acrecentarse una vana esperanza en mi pecho. Sabría lo despiadada que podía ser mi cólera. Nadie se ha burlado jamás de un Holman. Nadie, *excepto* el doctor Kurt Berkeley.

De un cajón de su escritorio, siempre sin despegar los labios, extrajo un añoso ejemplar de la Biblia. Me fijé, especialmente, en la encuadernación. Aparecía despellejada, rajada por el lomo, con la contracubierta surcada por una escabrosa grieta. *In mente*, deduje que no debía existir otro ejemplar igual en el mundo. Por lo menos, en tan pésimo estado.

—Comenzaré con materia inanimada —propuso—. Es más *fácil* para la máquina. Hay precedentes imperfectos, claro; pero que servirán para predisponerle a aceptar la verdad.

—¿Qué pretende hacerme creer?

—Usted desea una prueba, señor Holman. Se la daré… y luego estableceremos las condiciones.

—¡Adelante! —animé, irónico.

—Por favor, Jerry —susurró Dixon—. No seas sarcástico. Sólo conseguirás ponerte en ridículo.

—¿Tú también? —interpelé con acidez—. ¡No me digas que te tragas sus camelos! A lo peor, estamos siendo víctimas de un juego de ilusionismo…

—Le perdono —dijo Kurt Berkeley, clavando en los míos sus ojos vacíos de vida—. Le perdono porque no sabe lo que dice.

—Muy generoso por su parte, doctor. ¿Qué debo contestar?

—Nada. Ya he hablado lo suficiente. No acostumbro a equivocarme cuando catalogo a las personas. Por eso me decidí a abordar al ingeniero Koes. Él fue lo bastante persuasivo para traerle. Mi máquina hará el resto. ¿Desea examinar el libro? Lo publicaron hace casi tres siglos. Posee particularidades que le distinguirían entre todos sus restantes hermanos gemelos de edición.

—No, gracias. Ya lo he advertido.

—Tómelo, se lo ruego. Deposítelo junto a las pantallas fúlgidas y marque usted mismo la cifra *ocho* en la escala de milimicros.

—¿Se consumará entonces el prodigio, doctor?

—A los pocos minutos. Fijen la vista en la plataforma graduable. Yo accionaré los mandos desde este lado. Perdónenme… pero es imprescindible que permanezcamos a oscuras. Las descargas eléctricas nos alumbrarán de sobra.

Reprimiendo los impulsos de echarme a reír, cada vez más seguro de que Berkeley pensaba embaucarnos con trucos de efectista teatralidad, dejé la Biblia en el lugar señalado y corrí la aguja medidora hasta la cifra número *ocho*.

Dixon encogió las piernas por debajo del banquillo y le vi confundido por la extrañeza temblar igual que un azogado. ¿Por qué? ¿Qué le ocurría a mi amigo? ¿Cómo no acertaba a dominar su nerviosismo?

No formulé ninguna de las preguntas mentales que yo mismo me

dirigía. Las luces, de golpe, fueron apagadas y al dejar de brillar, la atmósfera pareció intensificar su enrarecimiento e indefinibles aromas nos rodearon flotando en torno.

No es un exceso de imaginación, palabra. Hasta entonces, alardeaba de escepticismo y de persona entendida. Incluso llegué a hacerme el ofendido. Pero algo *nuevo* me poseyó cuando quedamos en tinieblas.

No alcanzaba a descubrir a Dixon ni al inventor. Tuve el presentimiento de que había quedado solo... *¡solo con la pavorosa máquina!*

Tanteando con las manos, comenzando a sentirme incómodo, me acerqué al banquillo. Súbitamente, sin previo aviso, las pantallas fúlgidas se encendieron, restalló un relámpago en el tubo que sostenía la esfera platinada y las agujas de todos los contadores se pusieron en movimiento, girando absurdamente.

Funcionaba. El enorme engendro mecánico *funcionaba*. Los electrodos emitían descargas azuladas, chispazos ultravioleta... ¡y un silbido agudísimo, taladrante, inundaba el sótano!

Creo que agarroté las manos sobre mis muslos y grité algo enfático. *¡Funcionaba!* Los giróscopos parpadeaban, las laces magnéticas mostraban círculos concéntricos, fluorescentes, en su interior... ¡Kurt Berkeley accionaba mandos igual que un espectro contrahecho iluminado por los resplandores de una tempestad infernal!

Fue la primera vez que entré en contacto con el *multirreproductor* de Berkeley, y por ello me considero impotente de analizar mis impresiones. Ahora —como él expuso-ya sé que logró resolver un problema de *desdoblamiento* material por medios científicos. Pero la emoción, el choque revelador, fue para mí un impacto que me dejó atónito.

Por la rejilla que consideraba semejante a la de una tobera reactorial escapaban gases de olor sulfuroso. Eran unas emanaciones atormentadoras, irrespirables, que me embriagaban los sentidos. Dixon, intranquilo, rebullía junto a mí.

La inquietud me dominó. Los trallazos eléctricos salpicaban de luz vivida las viejas paredes, silueteando la sombra intrincada de la máquina. ¡Y aquel silbido ensordecedor! ¡Oh, Dios mío, qué horrible intensidad!

Tan repentinamente como había empezado, el caos de descargas, de ruidos y de olores, se extinguió. Acaso la experiencia no duró más de tres o cuatro minutos; aunque confieso que se me hicieron eternos. El invento *estaba parado*. Silencioso.

Podía escuchar la entrecortada respiración de Dixon y él, sin duda, captaba la mía. Berkeley dio vuelta al conmutador y la bendita

luz ofreció de nuevo a mis ojos voraces la visión del sótano convertido en centro de experimentación.

—Miren a la plataforma —ordenó el doctor—. ¡Quiero oír sus carcajadas de burla, señor Holman!

Si es cierto que los cabellos pueden ponerse de punta como las púas de un erizo... ¡yo los tenía al máximo! Me quedé helado, lo mismo que si la sangre dejase de correr por mis arterias y venas.

No conseguía articular nada que no fuesen gruñidos. Me levanté del banquillo y tuve que agarrarme a la pared, porque empecé a tambalearme sobre los pies.

Allí, inmóvil y maltrecha... ¡vi otra Biblia *exactamente igual* a la que continuaba junto a las pantallas fúlgidas! ¡Dos libros *idénticos*, dos reproducciones que, juntas, hubiesen pasado por la imagen de *una sola*, reflejada en el espejo!

—No... es... posible...

—Lo es, señor Holman. ¿Cuál es la copia y cuál el original? ¡Dígamelo! ¡Le previne que sería asombroso!

Lo era. Asombrosísimo. Dentro de mi cabeza retumbaba un trueno. Tenía la lengua seca. Dixon, clavado en el banquillo, me contemplaba con una mezcla de interés, horror y satisfacción. ¡Y yo me sentía el estúpido más colosal del mundo!

Un tropel de ideas cabalgó al galope por mi mente. ¡Qué infinitas posibilidades encerraba el *multirreproductor*! El concepto *único* perdía ahora todo su valor minoritario y selectivo. Ya no existiría *una* Torre de Pisa, ni *un* Coloso de Rodas, ni siquiera *un* cáliz bíblico. ¡Cualquier cosa inanimada, inorgánica, era capaz de *copiarse* a su imagen y semejanza!

Me aturdía la significación de estos conceptos. Una lucha antagónica, una batalla de principios morales, se reñía en mi interior. La máquina, naturalmente, *tenía que ser* sometida a rígido control. Si yo no me hallaba sugestionado, sometido a la voluntad del doctor Berkeley... ¡el mundo entero perdía ahora su pantagruélica unidad! Los objetos más preciados, las propiedades más ricas, las reliquias, las rarezas... ¡todo alcanzaría una pluralidad dramática! ¡*Doble* o *triple* sustituirían a la exclusividad! Porque el invento de Berkeley borraba, de un zarpazo... ¡la importancia de lo *exclusivo*!

—¡Es falso! —rugí—. ¡No lo creo!

—Compruebe. Examine. Analice bajo microscopio. ¡Le dejaré convencido, señor Holman! ¡Acepto cualquier reto!

Rechinando los dientes, perdida mi *posse* de hombre incrédulo y empujado por una sed desmedida de batalla, me lancé sobre la Biblia que ocupaba la plataforma. Con ella en la mano, sofocado, cotejé la que Berkeley extrajo del cajón de su mesa. Sólo un ciego se habría negado a admitir la evidencia. Una evidencia espantosa, escalofriante.

¡Un ejemplar impreso convertido en dos *totalmente gemelos*!

—Busque detalles —alentó el viejo—. Busque cuanto quiera... ¡Lo encontrará!

Yo no oía su voz, porque me confundía el clamor de mi propio cerebro. Recorrí las tapas del libro con las yemas de los dedos e hice lo propio con el que consideraba *copia*. ¡Igual! ¡Todo igual! La misma encuadernación, las mismas despellejaduras y rajas en el lomo, idéntica letra, composición, espacios... ¡Extraordinario!

—¿Satisfecho?

Miré al hombre airadamente. Mi razón —mis sentidos plenos— se negaban a admitirlo; pero el corazón me advertía que había sido víctima de un burlesco engaño. Arrojé los dos tomos contra la pared, iracundo.

—¿Qué te sucede? —preguntó Dixon, alarmado—. No hay motivo para tomarlo así. ¡Se trata de un triunfo científico incomparable!

—¡Paparruchas! —grité—. ¡No lo creo!

—Haremos otra prueba —concedió Kurt Berkeley—. ¡Y miles de ellas si lo prefiere! Se obstina en menospreciar la realidad, señor Holman. No me importa. Terminará cediendo. Lo que usted acaba de presenciar, aunque le impresione, no tiene mérito. Otros lo hicieron antes que yo. ¡Duplicar la materia muerta! —rezongó con desprecio—. Eso es parvulear cuando ya se considera uno con título universitario. Nadie alcanzó reproducciones tan exactas, y ello me ufana. Pero yo voy todavía más lejos. Materia orgánica. Seres vivos. ¡He ahí mi triunfo verdadero!

—¡Miente, doctor Berkeley!

—¡A usted le *gustaría* que mintiese! ¿Prefiere que se lo demuestre?

—¡Sí! ¡Demuéstrelo!

Estaba fuera de mí. Avergonzado del ridículo y la derrota. Esperaba que el viejo fallase, que no pudiese realizar su promesa. Berkeley, sin embargo, había trabajado durante cuarenta años para afrontar con ventaja cualquier riesgo. No daría tregua a sus enemigos y ahora sé —demasiado tarde— que el género humano, en suma, significaba para él antagonismo y enemistad.

Arrastrando la pierna ortopédica, sumiéndose en un estado tan febril como el mío, se aproximó hasta una jaula empotrada en un ángulo de la pared. De ella escapaba un tufo que yo confundía con reacciones químicas. Extrajo, agarrado por el pescuezo, un menudo cobayo de pelaje gris.

—¿Le parece admisible? —preguntó.

—Desde luego. ¡Repita ahora su ilusionismo, doctor! Pero le advierto una cosa: No pienso permanecer cruzado de brazos en el banquillo. ¡Estaré a su lado!

—Será un placer enseñarle el manejo de mi *multirreproductor*.

Tome el cobayo. Sujételo usted mismo en los soportes articulados y marque la cifra *doce* en la escala de milimicros. ¿Preparado?

Tenía prisa por empezar. Yo también. Dixon se derrumbó en el asiento y, quizá inconscientemente, hundió la cabeza entre las manos. Inmovilicé al cobayo, accioné la aguja indicadora y, después, me planté junto a Berkeley de dos veloces zancadas.

Sonreía. Sus ojos fríos, de cadáver, me recorrieron sin emoción. Había algo en torno a su persona maltrecha que exudaba confianza en el éxito.

—Apague la luz —ordenó—. Y no se ponga nervioso aunque el suelo trepide bajo sus pies. La máquina trabaja a supertensiones.

Decididamente, de un tirón, bajé la palanca del cuadro general de luces. ¿Vivía una historia soñada o real? Lo recordaba todo con lucidez. Estaba firmando una concesión cuando Dixon Koes irrumpió en mi despacho y me intrigó con el invento de Berkeley. Tomamos su *Thunderbird* y nos trasladamos al hotelito de la campiña. ¿Habían transcurrido unas horas o varios meses? ¡Me hubiese dado de bofetadas a mí mismo por tanta credulidad! *¡Sólo podía tratarse de un superlativo engaño!*

Oscuridad. Impenetrable y estrangulada por el silencio. Negruras abismales. Berkeley, moviéndose apenas, manejó ruedas y timones. Relampagueó una electrodescarga en la esfera, chispearon las pantallas... ¡y volvió el silbido horrísono y torturador! La máquina atroz *funcionaba eficazmente*.

El sudor mojaba mi cuerpo, y la ropa interior se adhería a la piel. Más destellos de luz ultraviolada. Otra vez los aromas nauseabundos. Un minuto. Dos. Quizá tres. Alargué la mano y toqué al doctor. *Lo toqué*. No se movía de mi lado. Ahora saldría mal su demostración.

El suelo poseía un trémolo de fenómeno sísmico. ¡Qué insufrible silbido, Dios Todopoderoso! Parpadeos de giróscopos, brillos magnéticos, electrodos latigueantes... ¡De nuevo el caos terrible que aseguraba ia laboriosidad creadora del *multirreproductor*!

Y de pronto, tajantemente... ¡el silencio! Terminó el período de actividad. Tinieblas. Emanaciones sulfurosas. Un gemido que escapó de la boca prieta de Dixon.

Esperé, dudando. No me atrevía a actuar. Me sentí cobarde y necesité el espoloneo de Berkeley para iniciar el movimiento tan anhelado y temido. ¿Qué diabólica parálisis nacía dentro de mí?

—Encienda la luz —dijo él—. ¿No desea ver al mellizo idéntico de nuestro cobayo?

Elevé la palanca de conexión. ¡Luz! El sótano resplandeció hasta el último rincón. Dixon seguía con la cabeza hundida entre las manos, suspirante. Salté hacia la derecha y me empiné sobre las puntas de los pies, dirigiendo la vista a la plataforma de inclinación graduable.

Temo que entonces no experimenté sorpresa, porque mi organismo se negó a estremecerse en sacudidas de pasmo. *Allí estaba*. Tímido y acurrucado. Cegado por la intensa iluminación. *¡Otro conejillo de Indias de pelaje gris!*

Anduve hasta él, en silencio. A mi espalda, contenida, escuché la risita victoriosa de Kurt Berkeley. Cuando tomé el cobayo entre mis manos y le acaricié el suave lomo, percibí el calor de su cuerpo y el latido *vivo* de su corazón.

Desganadamente, abatido, miré los soportes superiores de las pantallas fúlgidas. El otro animalillo, el *original*, permanecía tal como yo lo dejé antes de repetir el experimento. Me consideré tácitamente derrotado para siempre y sin derecho al pataleo.

—¿Desea alguna otra demostración, señor Holman?

Yo continuaba acariciando el lomo del conejillo. Fruncí las cejas, y solo después de un largo silencio, conseguí preguntar:

—¿Cuáles son sus condiciones, doctor?

—Un billón de dólares por el derecho de explotación de mi patente. Aparte, la mitad de los beneficios anuales que obtenga la Compañía.

—No es mucho —susurré.

—He dicho un *billón*, señor Holman. O sea, un millón de millones.

—No es mucho —repetí vacuamente—. Con una máquina así… cualquiera puede soñar en ser el amo del mundo. Hablaré de ello a mi Consejo de Administración.

De este modo comenzó la historia que hubiese llegado a enloquecerme si dura un par de semanas más. Porque aquello —sigo diciendo la escueta verdad— *sólo* fue el principio. Acaso lo más simple del endemoniado asunto.

CAPÍTULO II

LA HORRIBLE DUDA

No acerté a dar pie con bola durante todo el resto del día. Vivía aplastado bajo el peso de una impresión que jamás esperaba borrar de mi mente.

Dixon y yo éramos dos sombras desdibujadas de nuestra propia personalidad cuando abandonamos la *villa-laboratorio* de Kurt Berkeley.

El regreso a Nueva York en el veloz *Thunderbird* de mi amigo tuvo algo de histórico. Recuerdo bien que no despegamos los labios en todo el trayecto —a pesar de que ambos teníamos mucho que decirnos— y que sólo de tarde en tarde, ocasionalmente, nuestras miradas se cruzaban y desviaban al instante.

Los dos habíamos pasado por una prueba superior a la resistencia física y en el duro silencio hallábamos fuerzas para soportarla sin estallar en manifestaciones de histeria. Acaso parezcan pueriles mis declaraciones. Diré, para mi disculpa, que no es lo mismo contar un hecho asombroso que *vivirlo*.

Nosotros, Dixon y yo, lo acabábamos de vivir en toda su monstruosa intensidad. Éramos partícipes de un secreto inviolable por el momento. Padecíamos una variedad ideal de sindactilia mental, en la que cada órgano encefálico parecía adherido, interincrustado entre sí. No raciocinábamos con cordura. El embotamiento mental, motivado por el supremo estupor que nos atenazaba, duró varias horas.

Un hombre —un ser humano físicamente inferior a la mayoría de los mortales— ideó y construyó la máquina más turbadora que nunca pudo soñarse. Un *multirreproductor*. Un aparato complejo y demencial que fabricaba copias exactas de cualquier *original* inorgánico u orgánico. No salíamos del asombro. A veces, en franca rebeldía, se desataba una idea gallarda que negábase a admitir la realidad. *No era posible*.

No podía ser cierto que el *multirreproductor* distribuyese por la Tierra una docena de lienzos *idénticos* a La Gioconda. ¿Cómo justificar que existiesen ahora en el mundo *dos* o *tres* ejemplares de una reliquia sacra celosamente conservada bajo estrecha vigilancia?

Kurt Berkeley tuvo razón. Quedaba destruida para siempre la trascendencia escogida del distintivo *único*. Ya nada sería *único* en el planeta; puesto que poseyendo el original, bastaba un proceso cíclico reproductor para iniciar una larga cadena de duplicados.

Enloquecía el mero pensamiento. Era algo que trastornaba las fibras más sensibles de la mente. Nosotros —la “Science Machine Co”— nos encontrábamos en condiciones de adquirir la máquina y satisfacer. por un precio más o menos elevado, los caprichos de cualquier consumidor exigente. Seríamos casi omnipotentes. Inmensamente poderosos.

Y llegado a este punto crucial, todavía cabía formularse la última y más descabellada de las preguntas: ¿Qué sucedería en un país donde, de la noche a la mañana, el monarca fuese a sentarse en su trono y descubriese que la sala real mostraba *doce sillones, doce coronas* y *doce cetros totalmente idénticos*?

Prefería aplicar los interrogantes a objetos inanimados, porque *lo otro* —cualquier desviación encaminada a evidenciar los catastróficos efectos sobre materia viva— me horrorizaba de pies a cabeza. ¿Qué ocurriría en Norteamérica con dos Presidentes mellizos? Uno de ellos sería el verdadero, pero... ¿quién acertaría a distinguirlos?

Yo no, desde luego. Fracasé al examinar la Biblia y otro tanto podía decir respecto al conejillo de Indias. Nada los diferenciaba. Las mismas manchas en la piel, en las orejas puntiagudas, hasta un arañazo gemelo en la pata izquierda. *Iguales* de todo punto.

Quizá llegaba demasiado lejos en mis abrumadoras elucubraciones mentales. Tal vez me dejaba arrastrar por la sorpresa que me apabullaba. Cierto que Berkeley reprodujo un libro. Cierto, también, que nos *fabricó* otra criaturilla exacta al cobayo de prueba. Pero... ¿alcanzaría la máquina a reproducir *seres racionales*?

Me estremecí. Aquello equivaldría al caos dé la raza. A la confusión. Seres híbridos, artificiales. La cordura desaparecería del mundo. Seríamos una Humanidad de locos sin remisión... ¡Condenados al exterminio colectivo!

Dixon frenó el vehículo delante mismo del piramidal edificio de la Compañía y el brusco tirón de las ruedas al dejar de girar que sacudió en el asiento. Ladeé la cabeza. Suspiré. El viaje había terminado.

Henos de nuevo otra vez en el ambiente de siempre, de regreso a la ciudad, lo mismo que si la experiencia del doctor Berkeley fuese algo remoto y extrañamente imaginativo. *Pero no era simple imaginación*. Guardaba un puñado de papeles —los planos del *multirreproductor*— en el bolsillo de mi americana, para someterlos a examen por el grupo de técnicos de la Compañía.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, susurrante, Dixon Koes.

—¿Qué *puedo* hacer, Dixon? —rezongué yo, encogiéndome de hombros—. Lo más cuerdo hubiese sido enviar a Berkeley al diablo y olvidar para siempre su infernal invento. Pero eso, una vez conocido, ya no es posible. Tenemos adquirido un derecho de primacía con él; aunque no significa que la patente nos corresponda por entero. Si

rechazamos su oferta, acudirá a otras compañías tan fuertes como la nuestra y bastante menos escrupulosas. Conviene que la máquina sea controlada por personas sanas de principios. Permitiré que los técnicos comprueben los planos... y mientras dispondré de tiempo para reflexionar. Me hace falta. Todavía me obstino en no creer lo que acabo de ver.

—Pero es cierto, Jerry. ¡Yo también lo vi!

—¿Nunca oíste hablar de ilusionismo colectivo? ¡O de magia aplicada? Puedo prestarte una docena de volúmenes que te instruirán a la perfección.

—Berkeley no es nigromante. La magia negra carece de base científica. Se apoya en la credulidad de la gente. En la superstición bobalicona. Él nos ha ofrecido una máquina y permitió que examinásemos *sus frutos*. No hubo ocultación ni misterio. Nos hallamos ante la *realidad absoluta*.

—Es muy difícil de admitir esa realidad, Dixon. Llegado el caso, sé que encontraré inmensa oposición entre los componentes del Consejo.

—Renuncia pues, Jerry. Cualquiera diría que enfocas el asunto bajo el aspecto de una causa perdida.

—¿Te has detenido a pensar?

—Sí.

—¿No es horrible? ¡Hasta creo que valdría la pena destruir esa máquina!

—¿Por qué? Sólo vemos el lado malo de sus propiedades. Centra tu atención en la serie de cosas buenas y favorecedoras para el hombre que es posible extraer de un *multirreproductor*. Cada habitante de la Tierra podrá poseer lo que ha estado anhelando desde su nacimiento.

—Hasta eso resulta terrible, Dixon. ¿Qué va a ocurrir con la industria? ¿Qué será del comercio? ¿Para qué necesitaremos fábricas de zapatos, pongo por ejemplo, si la máquina los produce sin defecto y velozmente? Ahora solo existe un *multirreproductor*. Dentro de diez años... ¿cuántos inundarán el país? Mucha gente tal vez alcance la felicidad; pero también muchísima puede sentirse enormemente desgraciada. La “Science Machine Co”, si adquiere los derechos, tendrá que controlar el invento con mano férrea y restringir la naturaleza de algunos pedidos. Me gustaría saber lo que será de esa Biblia *doble* dentro de quince o veinte años. O del cobayo reproducido, a fecha mucho más próxima. Al fin y al cabo, no se trata de artículos *originales*. ¿Por qué no suponer que acabarán desmenuzándose en polvo? ¿Quién lo sabe?

—¡Sólo Kurt Berkeley podría responder a tu pregunta!

—Acaso... ni él mismo, Dixon... —murmuré—. Es el enigma de toda nueva concepción. ¿Qué ocurrió al principio con los aviones a

chorro? Costó cientos de vidas averiguar *la fatiga* del metal que originaba su desintegración en vuelo. Y como este simple caso, podría citarte miles que sembraron de luto los campos de la ciencia, de la mecánica, de la medicina… No, Dixon. Nos encontramos en los albores de algo sin precedentes. En el portal de una galería oscura, cuyo fondo desconocemos. Son infinitas las razones que me preocupan. He de resolverlas una por una, con paciencia, porque deseo estar plenamente seguro de mis actos.

—Berkeley es un hombre de estudios. Figura su nombre en los Anuarios de Especialidades Tecnológicas. Yo mismo le hubiese partido la boca de un puñetazo… en el supuesto de imaginarle un farsante.

—Ese hombre guarda un secreto en su corazón.

—¿Cómo lo sabes, Jerry?

—No lo sé. Lo *presiento*.

—¿Y vamos a discutir un presentimiento? ¿Cuántas veces nos engaña el aspecto de una persona y, al tratarla, descubrimos nuestro error? Creo que te dejas impresionar demasiado pronto por la antipatía o simpatía, Jerry.

—Hay algo concreto, Dixon. Algo que no admite duda. Tú y yo, desde que entramos en el sótano, nos sumimos en una especie de trance mental. No puedo demostrarlo; pero nos manejó a su capricho. ¡Debías haberte visto, muchacho! Apenas hablaste catorce palabras seguidas.

—Tú sí hablaste, Jerry.

—Desde luego. Estaba furioso. La sorpresa actuó de forma distinta en mi ser. Quizá mi naturaleza es más rebelde que la tuya a cierto tipo de sugestión. No lo sé. ¡Maldita sea! ¡No lo sé, Dixon!

—Bien. Tomemos las cosas con tranquilidad. Sin precipitarse. Vayamos despacio, pero por el camino de la verdad. Ahora ya tenemos los planos. Nada nos obliga a aceptar su proposición en el caso de que persista el confusionismo.

—Le di un recibo firmado.

—¿Y qué? Te lo devolverá si no interesa la operación. Puedes escudarte en la decisión del Consejo. Que ofrezca su máquina a otra compañía.

—Esa es la llaga que tengo abierta en mi cerebro. Y acabas de poner el dedo en ella.

Bueno, Jerry. ¿Por qué no seguimos la conversación en el despacho? Aquí parados, en plena calle, no llegaremos a ningún sitio.

—La conversación ha terminado… por ahora. No hay más que hablar. La reanudaremos cuando el Departamento Técnico emita su informe.

—Tú mandas, Jerry.

—Y por favor, Dixon, vuelve a ser el hombre bromista de antes.

Te lo ruego. Si me pones cara seria, siento regusto a vinagre en la boca.

Sonreímos. Fue una risa de circunstancias, ficticia; porque ambos nos sabíamos realmente preocupados. Dejamos el acogedor *Thunderbird* y nos encaminamos al cristalino ascensor para los elementos directivos de la Compañía.

El encargado nos sonrió con melosa deferencia y pulsó el botón. No hablamos durante los minutos que invirtió el aparato en trasladamos a la planta noventa, donde tengo instalada mi propia oficina. Al llegar a ella, sin explicación, tendí mi mano a Dixon y él la estrechó con fuerza.

—Nos veremos después —dije.

—Conforme, Jerry. Cámbiate de cara cuando llegues al despacho. La que ahora luces no te favorece.

—¿Es una broma? —pregunté.

—Desde luego.

—¡Enhorabuena, Dixon! Empieza a gustarme el regreso a casa, porque aquí todo tiene explicación.

Mi amigo se alejó pasillo adelante, buscando el Departamento de Ingeniería al que pertenecía. Yo entré en el despacho y sorprendí a la flaca señorita Patton —mi secretaria— manejando los controles de la máquina electrónica para despachar correspondencia comercial.

—¡Hola! —saludé—. ¿Algo nuevo?

—El Consorcio de Vendedores Unificados ha organizado una fiesta para conmemorar el centenario de su fundación. Le he dejado el programa y las invitaciones sobre la mesa, señor Holman —canturreó *miss* Patton con su acento de carrerilla—. Las acciones de la *Línea de Cohetes Tierra-Marte* han subido cuatro enteros. El señor Faire, de la Sección Publicidad, ha traído la prueba del microfilm propagandístico para someterla a su aprobación. Están pendientes de su firma los acuerdos del *Consorcio Espacial de Uranio*. Despaché, en su nombre y representación, dos visitas. Las conversaciones figuran grabadas en el *electrocopiador* y podrá escucharlas enseguida. Durante su ausencia le han requerido tres veces de la Bolsa. El corredor Sterson asegura que es el momento de comprar valores de *Astronaves Siderales*.

—¿No se ha olvidado algo? —sugerí.

—¡Oh, sí! —agregó, sonriendo—. Perdone. Su prometida llamó para preguntarle algo.

—Gracias, señorita. Ahora me ocuparé de todo ello. Prosiga su labor.

Creo que me comportaba mecánicamente, actuando por rutina, y *miss* Patton advirtió mi estado. Jamás le he otorgado familiaridades, ni ella ha sido capaz de apropiárselas. La vi a punto de iniciar una pregunta; pero se contuvo y volvió a manejar los controles.

Traspasé el umbral de la puerta divisoria y me dejé caer, como derrumbado, en el sillón de mi escritorio particular. En las tres horas escasas que llevaba fuera de la “Science” el trabajo se había acumulado a mi alrededor.

Recordé que deseaba asistir a la fiesta del Consorcio de Vendedores y que el alza experimentada por las acciones de la *Línea de Cohetes Tierra-Marte* debía haberme inundado de entusiasmo. También esperaba con ansiedad el microfilm de Faire, así como los acuerdos del *Consorcio Espacial de Uranio*. Pero no tenía la cabeza para pensar, ni las mismas ilusiones que antes. Kurt Berkeley, y su invento, lo ocupaban todo. Encendí un cigarrillo y contemplé las volutas de humo durante varios segundos.

Después, inconscientemente, metí la mano en el bolsillo interior de la americana y extraje los planos del multirreproductor. Me obsesionaba la maldita máquina. Eran, exactamente, ocho hojas. Texto y esquemas se mezclaban con cierto desorden, y las tres últimas aparecían ennegrecidas por un rosario de apiñadas fórmulas.

Fumé y expulsé un chorro de humo junto con mi impaciente suspiro. Alargué la diestra y conecté el *intercom*. El rostro de la teleoperadora del Departamento Técnico apareció en la pantalla.

—Dígale a Albert Simpson que venga —ordené.

—Sí, señor Holman.

Para matar el tiempo de la espera, comencé a estampar mi firma en los pliegos del *Consorcio Espacial de Uranio*, sin molestarme en leer las cláusulas. Aunque no me di excesiva prisa, terminé antes de que Simpson —jefe del Departamento Técnico de la “Science Machine Co”— compareciese ante mi presencia. Debían estar buscándole.

El cigarrillo se había consumido, y encendí otro que fumé con avidez. Dando un golpe de índice, puse en funcionamiento el *electrocopiador* y la voz de la señorita Patton explicó:

—Le presento al señor Mark Hurten. Tenía hora reservada, pero usted no se hallaba en el despacho cuando acudió a la cita. Le he excusado indicándole el importante asunto que debía atender sin falta. El motivo de su visita, como recordará, es tratar de la introducción en el mercado de un nuevo instrumento para fomentar la radiopercepción de las ondas sónicas, infrasónicas, supersónicas y ultrasónicas. Su expediente está archivado en el Apéndice doce mil, serie B. Comienzo la entrevista preguntándole…

Tenía intención de escuchar lo que la señorita Patton —siempre eficiente— y el tal Mark Hurten habían hablado. Después de todo, era una atención obligada para paliar mi descortesía. Dixon Koes, con su prisa desmedida para presentarme al doctor Berkeley, me hizo olvidar las obligaciones contraídas con anterioridad. Sin embargo, distintos pensamientos ocupaban mi mente de forma apelotonada y las voces

que fluían por el microrregistro llegaban a mis oídos como una cantinela insubstancial.

Ahora, de nuevo en mi medio ambiente, la teoría de que Berkeley se valió de recursos ilícitos para hacernos ver *lo que no existía*, iba tomando definido volumen en mi cerebro. No cesaba de meditar sobre ello.

Podía admitir, con buena voluntad, que el *duplicado* del libro existiese. Pero me negaba en redondo a dar crédito a su reproducción orgánica. Sin duda, tenía preparado otro cobayo en algún lugar oculto y lo utilizó en el momento oportuno. Logró desmoralizamos a Dixon y a mí. Esto era todo.

En ningún raciocinio sensato cabía la teoría de que una simple máquina —aunque alcanzase fabulosos grados de perfección— llegase a fabricar materia viva. Yo tuve en mis manos el *otro* conejillo de Indias. Percibí su calor. Su latido de existencia. Berkeley quiso hacernos creer que era el producto de su máquina. ¡Inadmisible! ¿Cómo producía tejido orgánico, sangre y esqueleto? ¡Nos había engañado! ¡Seguro!

Albert Simpson se presentó entonces y le hice pasar sin demora. Estaba desconectando el *electrocopiador* cuando entró en el despacho, sonriente, mirándome a través de los cristales ópticos que llevaba acoplados debajo de los párpados para subsanar el defecto de su aguda miopía. Le indiqué, de un ademán, que tomase asiento.

—¿En qué está trabajando ahora? —pregunté a bocajarro.

—Estudiamos los planos del sensitor analítico propuesto por el profesor Sauderman —replicó—. Usted me pidió las pruebas de laboratorio para fin de semana...

—Abandónelo —dije—. Eso puede esperar. Tengo algo mucho más importante entre manos. Reúna a su grupo de colaboradores y trate de infundirles actividad, Simpson. Se trata de un asunto que merece la máxima prioridad.

Asintió despacio, sin participar de mi excitación. Simpson era hombre acostumbrado a mis exigencias y sabía llevarme el genio con flema.

—Tome —agregué, tendiéndole los planos de Berkeley—. Necesito el informe lo antes posible. Mañana mejor que pasado.

—¿A qué obedecen, señor Holman?

—Quiero que sea usted quien lo diga, Simpson. Descífreme esas fórmulas y traduzca los esquemas en algo positivo. Le confieso que yo no entiendo nada. Preciso conocer su teoría.

Les echó un vistazo rápido, barajando hojas entre sí una vez recorridas con la mirada.

—Electrónica —explicó.

—Sí —asentí—. Es una máquina electrónica. Quiero que me diga

para qué sirve y si tienen fundamento científico las definiciones ahí consignadas. Usted ya me entiende, Simpson.

—Un dictamen completo, ¿no?

—Lo más completo y exacto que pueda.

—¿Seremos nosotros los concesionarios?

—Tal vez. ¡Ah, otra cosa! Guarde en secreto cuanto averigüe… si es que averigua algo. La verdad no debe propalarse. Es una orden, y sancionaré duramente si deja de ser cumplida al pie de la letra.

Me miró con curiosidad. Había picado su honrilla profesional.

—Nunca he hablado de más, señor Holman —expuso.

—Ya lo sé. Por ello ha ganado mi confianza… y su puesto en el Departamento.

—Espero darle el informe dentro de un par de días. Aquí adivino bastante labor.

—Gracias, Simpson. Déjeselo todo, ¿eh? Esto es urgente. Nada más.

Albert Simpson abandonó el despacho y yo encendí el tercer pitillo. Recordé que el corredor Sterson deseaba consultarme sobre los valores de *Astronaves Siderales*; pero no me seducía la perspectiva de enfrascarme en cálculos bolsísticos. Era más de mediodía. La señorita Patton me avisó entonces, por el *intercom*, que esperaba una llamada en la telelínea.

—Es *miss* Ferrell —aclaró—. ¿Le paso la conexión?

—No. Dígale que estoy ocupado… ¡Espere! —rectifiqué al instante —. ¡Pase la comunicación!

La pantalla se iluminó y el resplandeciente rostro de Sylvia llevó un poco de paz a mi atormentado espíritu. Sylvia es bonita. Preciosa, dicen todos. Yo comparto esta opinión. Sus maravillosos ojos azules combinan sugestivamente con el cabello rubio dorado, que luce muy corto. Su armónica figura haría suspirar de envidia a muchas mujeres. Me dedicó una sonrisa abierta, cariñosa, descubriendo los iguales y blanquísimos dientes.

—Buenos días, querido.

—¡Hola, nena!

—¿Estás muy atareado?

—Para ti… nunca lo estoy, ya sabes.

—Te llamé antes.

—Sí. Perdona. Me lo dijo mi secretaria. He tenido visita hasta ahora mismo. ¿Sucede algo?

—¿Lo has olvidado?

—Pues…

—Estaba segura de que no podía confiar en tu memoria. ¡Hoy es mi cumpleaños, Jerry!

¡Oh, claro! ¿Cómo voy a olvidar semejante acontecimiento?

Confieso mi delito. No lo recordaba. ¡Kurt Berkeley y su invento tenían la culpa del olvido! Debía desprenderme de las preocupaciones y volver a la realidad. Basta de vagar por el reino de las nubes. Puse cara de conejo a la sonriente imagen de la pantalla.

—¡Un millón de felicidades, Sylvia adorada!

—Te esperamos a cenar en casa —añadió ella—. Una reunión íntima. Sé puntual por una vez, Jerry.

—¿A qué hora debo presentarme?

—A las ocho.

—Bien, nena. Llevaré mi regalo. ¿Deseas algo especial?

—Todo tu amor.

—Lo tienes desde el primer día que te vi.

—¡Embustero! —rió Sylvia—. No te entretengo más. Hasta la noche, vida mía.

—Adiós, cielo.

Se apagó la pantalla. Notaba el calorcillo del pitillo en los dedos que lo sostenían. Mi subconsciente, abriéndose camino en la maraña que ocupaba el cerebro, volvió a situar el asunto de Berkeley en el primer plano mental.

No trato de excusar ni justificar mis actos posteriores. Quiero que sean los demás quienes me juzguen, y la única intención que me guía es relatar la verdad. Como ya dije al principio, no di pie con bola en todo el día. Ni siquiera durante la cena. Sylvia Ferrell, a la que adoro con abrasante fervor, podrá testificar, si llega el caso, que en el momento de ofrecerle mi regalo de cumpleaños advertí una cosa terrible. ¡Lo había dejado olvidado en mi propio domicilio!

De este modo semicómico —que la familia Ferrell acogió con disculpante hilaridad— terminó el primer día de mi contacto directo con Kurt Berkeley y su maléfico *multirreproductor*. Cuarenta y ocho horas después, exactamente, comenzó la tragedia.

Y todo ocurrió por la tremenda duda que suscitó en mi cerebro esta pregunta: ¿Para qué necesitaba el viejo Berkeley un billón de dólares? ¡Si él fabricó una máquina en la que era posible reproducirlo *todo*!

CAPÍTULO III

¿CIERTO O FALSO?

Dixon y yo, los únicos enterados de la verdadera situación, nos hallábamos presos de un nerviosismo agudo que intensificaba el decurso del tiempo.

Recuerdo bien aquellos dos días que precedieron al dictamen técnico de Simpson. Están grabados indeleblemente en mi imaginación.

Cometí más de un error y bastantes deslices. Creo que la señorita Patton fue la primera en comprender que no me comportaba como de costumbre. Yo procuraba ocultar mis sentimientos y daba largas a los asuntos más delicados que tenía en cartera pendientes de resolución. Únicamente a solas con Dixon, en quien podía sincerarme, ambos nos participábamos nuestras mutuas sospechas, prevenciones y dudas.

Dudar es muy propio del ser humano. Nunca concedí tanta importancia y significación a esta palabra como entonces. Era, ciertamente, la mejor definición de nuestro estado.

Las dudas nos corroían y hasta lograban ponernos en ridículo. La figura de Kurt Berkeley, tambaleándose al compás de la pierna artificial, no se alejaba de mis ojos. Ni siquiera al lado de Sylvia alcanzaba la calma que necesitaba mi espíritu.

Jamás atravesé por un trance así en mi larga carrera científico-comercial. Hasta entonces siempre creí ser yo, dada mi alta significación jerárquica, quien obligaba a andar de coronilla a los inventores de todo género. Pero con el doctor Berkeley, me ocurría todo lo contrario. Era él, y no yo, quien me tenía sujeto en sus mallas de intrigante misterio. Supo nivelar las cosas en su terreno justo. Me apasionaba el *multirreproductor* y por instantes —aunque hallase descabellada el ansia de posesión— deseaba ser yo el único concesionario para su explotación mundial. Lo disputaría a la competencia como fuese. Aunque tuviese que enterrar el último centavo en la empresa.

Sabía que el Consejo de Administración se llevaría las manos a la cabeza cuando pronunciase la frase mágica. *Un billón* era el precio para firmar el contrato de cesión a favor de la “Science Machine Co”. La cifra, como el invento, resultaba alarmante.

Yo estaba seguro de que no la poseíamos en efectivo. Naturalmente, ello no era obstáculo para cerrar el trato. Las entidades bancarias más fuertes del país se pelearían por conseguir el honor de otorgarnos tan cuantioso crédito. En realidad, contábamos con

garantías muy superiores. Esto lo sabían los bancos. No sé de ninguno que se eche atrás al pedirle diez dólares si, por lo menos, el solicitante dispone de propiedades susceptibles de ser valoradas en más de cien. Ellos trabajan sobre seguro. En los negocios que presidía el apellido Holman se manejaban cantidades astronómicas y los bancos siempre se hallaron dispuestos a colaborar. La proporción de diez a cien representaba la justa en lo tocante a mi fortuna.

Pero Dixon y yo seguíamos atormentándonos sin desfallecer. Casi diría que hallábamos cierto inconfesable gozo en ello. Le expliqué la razón. Dudábamos. Todo eran grietas abiertas a la incógnita y a la conjetura. Incertidumbres. Hasta el hombre más sano de mente lleva algo de retorcido en su psicología.

La idea de echarme atrás —que me tentó en los albores— estaba ahora desechada. Sucede así al vencer el primer impulso de vacilación. Me encontraba tan identificado con el proyecto que deseaba llegar al fondo, al último rincón de aquel buceo inexplicable cuya materialización probatoria testificaban una Biblia y un cobayo *duplicados*.

Yo esperaba, tras vencer los reparos del Consejo, comunicarles la misma clase de fiebre que padecía. Allí íbamos a acabar todos locos... o todos convertidos en personajes históricos. Por ello —y lo confieso sin rubores— el dictamen de Albert Simpson fue peor que un jarro de agua fría sobre las brasas de una hoguera.

Logró encender mi indignación y mi cólera. Deseé aplastar al doctor Berkeley igual que a una alimaña. Todo ocurrió con una sencillez meridiana. Así.

Despedía al representante de la firma *Estructuras Vibrátiles, Ltda*., cuando la señorita Patton me anunció la visita de Simpson. Me produjo alegría saberlo. El técnico había cumplido su promesa de rendirme cuentas en un par de días. Volví al despacho y autoricé la entrada en el acto. Simpson, cuyos ojos miopes no delataban pasión tras los cristales ópticos, penetró pausadamente.

—Fiel a la puntualidad como un cronómetro patrón —sonreí, en tono de lisonja—. ¿Ha sido difícil?

—Un poco —admitió con reservas—. El doctor Berkeley es un gran matemático y utiliza fórmulas casi desconocidas. La comprobación resultó laboriosa.

—Siéntese, Simpson. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —rehusó, acomodándose en uno de los sillones.

—Bien. Adelante. Espero su informe con interés.

—No va a ser demasiado... extenso, señor Holman.

—¿No? —repetí—. ¿Por qué?

—Porque dudo mucho que estos planos correspondan a un invento lógico.

—¿Qué entiende usted por invento lógico, Simpson?

—Algo capaz de ser asimilado en teoría y puesto en práctica sin otra explicación que la de las fórmulas y esquemas aportados.

—¿Algún fallo?

—*Muchos* fallos —explicó—. No técnicos. Ya dije que el doctor Berkeley es un matemático de excepción. Pero hay algo incompleto. Las ecuaciones no encajan entre sí y, como efecto, arrojan valencias contrapuestas. O dicho de otra forma, señor Holman. Estos no deben ser los planos verdaderos. Son un *boceto*. Una orientación muy avanzada. El primer paso firme de una obra... que si tratásemos de copiarla empleando lo que poseemos, acabaría dando un traspiés.

Me acaricié la frente y bajé los párpados, intentando evitar que el técnico descubriese mi naciente furor. No esperaba su declaración. Creí a pies juntillas que Berkeley depositó su confianza en mi Compañía. Ahora veía claro que trataba de reservarse el último triunfo en previsión de una mala acción por mi parte.

—Déme su opinión, Albert —solicité—. La opinión sincera.

—Muy sencillo —repuso—. El inventor nos ha ofrecido una muestra de sus vastos conocimientos. Es innegable que sólo un auténtico sabio ha podido trazar los esquemas y las mediciones electrónicas. Pero con ello no basta para crear una máquina de la intrincada complejidad que se atisba a grandes rasgos. Perdone la franqueza, señor Holman. El doctor Berkeley no se fía de la honradez de nuestra empresa. Teme que podamos apropiarnos de sus esfuerzos y, después, le echemos por la borda como un desperdicio inservible.

—Entendido —gruñí—. ¡Pero es absurdo! ¡Él posee la patente!

—No sería el primer caso en la historia comercial del mundo. Los genios tienen algo de paranoicos, señor, y la paranoia se caracteriza por un profundo sentido receloso. Cierto que posee la patente y ello le confiere el derecho de propiedad exclusiva. Pero si una compañía tan solvente y acreditada como la "Science Machine" lanzase al mercado su máquina, aunque fuese registrada con posterioridad a cuando lo hizo Berkeley, ello daría origen a furibundos pleitos. Ante un tribunal, la potencia económica y. un eficaz asesoramiento jurídico, desbaratarían la defensa del inventor quien, al fin y a la postre, es un sabio en esencia pero un pobre sabio socialmente.

—¿Esa es su idea, Simpson?

—Sí, señor. Conozco bien a esta clase de gentes. Ha tenido miedo de dejar a merced de alguien muy poderoso un secreto en el que cifra las ilusiones de toda su vida.

—Enfocado desde ese aspecto, hay algo de disculpable en la acción, ¿no?

—Así me lo parece.

Acaricié mi frente otra vez, luchando por dominar los deseos de

irrumpir en denuestos. ¡El viejo loco de Berkeley! ¡Hacerme perder el tiempo con fruslerías científicas! ¿Qué se había creído? ¡Le demostraría que Jerry Holman propina zarpazos dolorosos!

—Hábleme de los planos —ordené—. ¿Qué ha sacado en limpio? ¿Conducen a algún sitio?

—Por lo que ahí se apunta… bastante lejos —indicó, dubitativo, Albert Simpson.

—Continúe.

—Puedo estar equivocado, claro.

—No emplee vaguedades, Simpson. Quiero grano, no paja. Usted se ha pasado cuarenta y ocho horas recopilando datos, y comprobando cálculos. ¿A dónde pretenden llegar esos cálculos? Habló de que era el primer paso de una obra. Bien, Simpson. Aventúrese por el terreno deductivo y dé el segundo. ¿Qué pensaría usted de semejante *boceto*?

—Se trata de un estudio basado en los más audaces problemas de electrónica —se humedeció los labios con la punta de la lengua—. No sé… Me asusta un poco su ambición. Al parecer, el doctor Berkeley busca fabricar un instrumento que reproduzca, a su vez, instrumentos. No crea que es redundancia. El campo electrónico no ha sido explorado en toda su extensión. Hay algo más. Algo de bioquímica aplicada por procesos técnicos. Berkeley apunta substanciosas posibilidades y plantea un par de incógnitas… *resolviéndolas sobre el papel*. Con ello nos da un ejemplo de su elevada capacidad científica. Sabe por donde pisa. Nos muestra una oreja. Algo así, como tirar una piedra y esconder la mano. Ignoro si la resolución existirá también en la práctica. Para saberlo, sería obligado iniciar la construcción del instrumento fundamentando la labor de ingeniería en la planificación esquemática de su temeraria teoría. No sé… —repitió, basculando la cabeza—. Es arriesgado.

—¿Por qué?

—No alcanzo a sospechar las consecuencias. Serían ilimitadas.

—Veamos si he entendido bien su declaración. Simpson. Dando por sentado que un instrumento de esa especie lograse ser fabricado… —hice una pausa— ¿sería posible, pongo por caso, reproducir guantes utilizando uno de *prototipo*?

—Algo parecido. Ha captado usted la síntesis.

Me excitó su respuesta. El zorro astuto de Berkeley tenía la cualidad de emborracharme con ansias utilizando el sistema de dejarlas inicialmente insatisfechas. Volví a la carga con punzante energía.

—Sigamos con la hipótesis de los guantes —argüí—. Teniendo el que llamamos *prototipo* puede fabricarse otro exactamente igual. ¿Pero sería, en realidad, *exactamente igual en todo*?

—Teóricamente, el doctor Berkeley esboza una afirmación. En

este punto se interrumpen los trabajos. Los planos están incompletos.

—¿Se identifica usted con sus argumentos?

—Son muy verosímiles... si el resto de los cálculos que desconocemos están a nivel de los aportados como muestra.

—¿Guardó en secreto sus observaciones?

—Sí, señor.

—Muchas gracias, Simpson. Eso es todo. Un excelente informe.

Comprendió que era una ruda despedida y se puso en pie. Dejó, sobre mi mesa, las hojas negras de cifras y de circuitos esquemáticos. Yo le ignoré deliberadamente y él abandonó el despacho en vista de mi prolongado silencio.

—¡Al demonio con ese farsante! —chillé, descargando un puñetazo rabioso, nada más quedar solo—. ¡Quiere burlarse de mí!

Me sentía iracundo y dado a la desesperación. Igual que víctima de un ultraje. De buena gana habría abofeteado al viejo por su innoble acción. Aunque —bien mirado-sus recelos poseían un elevado tanto por ciento de fundamento. No es fácil resistir con honradez una fabulosa tentación al alcance de la mano.

Cuarenta años quemados en continuo estudio y trabajo no pueden ser desdeñados así como así. Berkeley quiso curarse en salud. Por ello, aun dejando bien sentada su probada capacidad científica, reservóse los planos auténticos en evitación de un posible mal pensamiento por mi parte. Muy calculado. Y humano.

Yo había llegado a un punto en el que me resultaba imposible retroceder. Lo reconozco y no me avergüenzo de ello. El negocio es siempre el negocio. ¡Y aquél podía ser un negocio espantoso! Su *multirreproductor* me apasionaba, me quitaba el sueño y la calma. Ahora daba muchísimo crédito a los resultados obtenidos por sus procesos cíclicos después de oída la autorizada opinión de Simpson. Sin duda, *era posible* fabricar objetos con la máquina electrónica del viejo.

Persistían algunas nieblas. Nieblas imprecisas, que obligaban a plantear esta doble interrogación: ¿Cierto o falso? El porcentaje a favor o en contra oscilaba según mi propia euforia o escepticismo. Pero cada vez estaba más inclinado a dejarme convencer.

Tomé una decisión. Una decisión nefasta, lo admito. Debí haber consultado a alguien. El privilegio de los jefes es aplastarse contra un insalvable muro por iniciativa propia. El propio Dixon Koes se habría adherido a mi propósito sin objeciones.

Pero yo —como buen jefe— *prefería actuar* solo. Si se trataba de una burla, conduciría las cosas a mi manera y cortaría por lo sano. Si Berkeley había descubierto verdaderamente algo apoteósico, deseaba gozar del triunfo y acaparar toda la gloria. Tal vez ahí residió mi error. Las grandes decisiones nunca deben tomarse impulsivamente.

Porque entonces no son grandes decisiones; son arranques de temperamento. Ha de llegarse a ellas tras laboriosa reflexión. De hecho, yo me obstiné en no reflexionar.

Cuando abandoné la “Science Machine Co” una idea loca germinaba en mi mente. Ocupé el veloz *Firelance* de dos plazas y salí en dirección a la *villa* de Berkeley pisando el acelerador a fondo. Yo no lo sabía. Pero entonces, virtualmente, daba principio a mi gran tragedia.

CAPÍTULO IV

EL EXPERIMENTO DEFINITIVO

El rostro seco, hermético, de Kurt Berkeley no varió de expresión cuando le hice objeto de enérgicas acusaciones. Sus ojos apagados, fríos, me miraban con algo que parecía conmiseración e indiferencia.

Depositó encima del escritorio los planos que yo habíale arrojado violentamente y se limitó a admitir, con voz grave:

—Tiene usted razón, señor Holman.

—¡Claro que la tengo!

—Estos papeles han servido para picar su curiosidad. Vino corriendo, abandonando cualquier otro asunto. Ahora sé que estará dispuesto a creer en mi invento... pero, también, que no existe forma humana de copiarlo porque sus propios técnicos son incapaces de completar las fórmulas que cierran el ciclo. Debía adoptar algunas medidas de seguridad. Espero que lo comprenda y lo apruebe.

—¡No lo apruebo! —repliqué—, ¡Sus dichosas medidas de seguridad me insultan! Todo hubiese sido distinto obrando honradamente en vez de con solapada falsedad. ¿Por qué no me dijo que esos documentos eran solo un estudio incompleto? ¿Qué perseguía haciéndome perder el tiempo? ¡Hable, doctor!

—Esperaba que lo averiguase por sí mismo. Ahora ya habrá redondeado su decisión...

—¡Se equivoca! —atajé—. ¡Me es imposible tomar decisiones si usted oculta la verdad! Estamos peor que al principio.

—No lo creo, señor Holman. ¿Todavía le parezco un ilusionista?

—¿Me toma por tonto? ¿Cómo voy a arriesgar mi dinero y mi reputación en una empresa suicida? ¡Iría directo al fracaso! Mucho mejor hubiese sido entregarme los planos auténticos enseguida. A estas alturas, ya sabría a qué atenerme.

—Lo sabría con exceso. Para nada me necesitaría a mí.

—¿Qué insinúa, Berkeley?

—Su Departamento Técnico habría sacado copias. Podría registrar una patente con ligeras correcciones... virtualmente basada en mi *multirreproductor*. Seamos francos, señor Holman. ¿A qué engañarnos?

—Si no hay confianza, no habrá negocio.

—Muy bien. Yo no puedo ponerlo todo. Confíe usted en mí. Los triunfos están de su parte. Déjeme que guarde algún as oculto. Soy viejo, señor Holman. Los viejos tenemos manías. Digamos, que ésta es una de ellas. Voy a devolverle su recibo. Así le libero de todo compromiso —abrió un cajón del escritorio y me ofreció el resguardo

extendido y firmado por mí—. Con lo que ha averiguado por Albert Simpson, dispone de los suficientes elementos de juicio como para obrar en consecuencia. Le ruego que en su próxima visita sea portador de mejores noticias. Traiga el contrato extendido en regla y lo firmaremos. Entonces, sólo entonces, le cederé los planos para su examen final.

La actitud de Berkeley seguía siendo la misma del primer día. No se doblegaba con facilidad. Era un hombre consciente de su responsabilidad y, acaso, seguro de mi empeño en explotar su máquina. Dominaba la situación y yo volvía a sentirme manejado por él. Ásperamente, desgarré el recibo y dejé los fragmentos rotos sobre el tablero.

—El contrato no puede extenderse sin la aprobación unánime de mi Consejo de administración —contesté, pasando por alto su sonrisa —. Pero el voto total a favor del proyecto ha de lograrse *cuando los miembros estén debidamente convencidos*. ¿Lo oye, doctor? ¿Cómo voy a convencerles con simples papeles? Sus teorías son revolucionarias, lo admito. El propio Simpson asegura que se basan en ciertos cálculos plausibles. Ha ideado usted un nuevo concepto matemático. Nada más. Mi Consejo necesita hechos, no teorías.

—El Consejo de Administración de la Compañía es *usted*, señor Holman. Su voto vale por todos los restantes. He leído los estatutos constitucionales. No dejó nada al azar para gobernarla a su capricho.

La respuesta me desmoralizó. El viejo habíase asegurado a conciencia. Decidí atacar su sólida posición por otro flanco.

—Cierto. Pero yo soy el primero *que no estoy convencido*. También necesito pruebas.

—¿No tuvo bastante con las dos reproducciones del otro día? Una inorgánica y otra orgánica. ¿Qué más puede pedir? ¡Le di resultados antes que teoría!

—Sigo creyendo que se valió de medios hipnóticos para hacernos ver al señor Koes y a mí *lo que a usted le interesaba*.

—¡Absurdo!

—Como muchas otras cosas.

—¿Es ésa su última palabra?

—Por ahora, sí.

—Conforme. Lo lamento. Ofreceré mi invento a otra empresa.

—Le anticipo que tropezará con las mismas dificultades. Su *multirreproductor* es demasiado... demasiado fantástico, doctor. Ahí radica el obstáculo. Si usted no fuese tan terco, me mostraría los planos verdaderos. Discutiríamos la concesión desde un ángulo favorable para ambos. No nos basaríamos en fantasías, sino en realidades.

—Y usted podría estafarme sin dificultad.

—¡Berkeley! —grité—. ¿Se da cuenta de…?

—Le escuece la verdad. También a mí me escocería un fracaso en estas circunstancias.

—Hay infinidad de puntos obscuros en su actitud.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo: ¿Para qué necesita usted un billón de dólares? Si el multirreproductor fuese un éxito… *¡usted mismo se lo podría fabricar!*

Sonrió. No había perdido la calma. Me miró con cierto desprecio al hablar.

—Podré multiplicar ese billón… ¡cuando tenga el primero! —repuso.

—¿Qué hará entonces con tanto dinero?

—¿Le importa?

—¡Me importa!

—No. Ese asunto no es de su incumbencia, señor Holman. No tengo por qué darle cuenta de mis actos privados.

—Oiga, doctor —agregué—. Dígame la verdad. *La verdad*. ¿Qué intenta ocultarme? ¿Dónde está el fallo?

—No sé de qué me habla.

—¡Lo sabe perfectamente! Usted lleva experimentando con los productos de su máquina hace varios años. Algo sucede con ellos pasado un tiempo determinado. ¡No lo niegue! He llegado a algunas conclusiones. Supongo que en lo tocante a la materia muerta, los objetos se desmenuzarán o perderán propiedades. Lo que más me preocupa es la cuestión de los seres vivos. ¿Qué mal le aguarda a ese cobayo *doble*? ¿Cómo acabará? ¿Rabiando o víctima de una parálisis de tipo desconocido? ¡Ese es su secreto! Por tal motivo necesita el dinero. ¡Quiere hallarse muy lejos de Nueva York cuando se inicien los resultados…!

—¡Basta! —interrumpió, mirándome a los ojos con mortal fijeza.

—Espero su defensa —jadeé, transcurridos unos segundos de tensión—. Le concedo la oportunidad de rebatir mis opiniones.

—No pretendo discutir. Es mejor que nos despidamos, señor Holman. Entre nosotros no puede existir arreglo comercial. Usted duda y dudará siempre. *No quiere creer*. Acaso se convenza, y lo deplore, cuando otra compañía presente en el mercado mi *multirreproductor*.

—Eso es salirse por la tangente, doctor.

—Renuncio a analizar problemas científicos con un profano. Usted no llegaría a entenderme.

—Hablemos sin tecnicismos, pues. ¿Qué quedará del libro *duplicado* dentro de cincuenta años?

—Seguirá invariable. ¡Su constitución es idéntica a la del *original*! Escuche, señor Holman. Deje caer un manchón de tinta en un papel.

Ponga otro papel encima y presiónelo. Al separarlo, tendrá usted dos borrones de tinta idénticos. ¡Los dos durarán lo mismo y estarán compuestos por la misma materia! Algo parecido, pero por otros procesos, ocurre con los objetos que yo duplico.

—¿Y el cobayo? ¿Se atreve usted a decir que son idénticos?

—Lo son. Poseen los mismos elementos e iguales funciones.

—¿Ha analizado su sangre? ¿Tuvo la curiosidad de auscultar su corazón? ¿Pensó alguna vez en el cerebro? ¡No *pueden* ser gemelos por más que usted se empeñe!

—El cerebro —murmuró con pena—. Eso es lo único que me aterra. Físicamente, orgánicamente, son exactos. Pero ignoro si se producirán alteraciones en la naturaleza espiritual. Siempre operé con seres irracionales. Para establecer diferencias de orden mental, necesitaría disponer de hombres-cobaya. No creo que exista un ser humano en el mundo capaz de soportar semejante experimento.

—¿No lo resistiría?

—No daría su aprobación para tratar de resistirlo.

La idea nació, de pronto, en mi mente. Si las cosas pudiesen realizarse dos veces es indudable que los grandes errores de la Historia habrían sido rectificados. Yo mismo —en este caso concreto— habría retrocedido. Impetuosamente, sonriendo en plan de desafío, ofrecí:

—¡Realice el experimento! ¡Yo me presto voluntario!

—¿Usted?

—¿Por qué no?

—¡Ha perdido la razón, señor Holman!

—Al contrario. Creo que he encontrado la verdadera razón digna de convencerme. ¿A qué espera? ¿Por qué vacila? ¡Conviértame en dos Holman! ¡Será la prueba irrefutable de la máquina!

Calló. Se puso en pie, retorciéndose las manos. Creo, en verdad, que momentáneamente perdí la razón. Mi ofrecimiento rayaba en lo increíble. Pero entonces no existiría engaño. No le daría ocasión de embaucarme.

Dio unos cuantos pasos inciertos por la estancia, arrastrando la torpe pierna ortopédica, y se detuvo —igual que pidiendo un desesperado consejo— ante la mole intrincada del *multirreproductor*.

—No —decidió—. Olvide eso, señor Holman. Va *más allá* de mis posibilidades.

—Lo sabía.

—Tiene que comprenderlo. ¡Nunca deseé llegar tan lejos! ¡Mi máquina es para causar el bien, no la confusión!

—Lo comprendo —dije, burlón—. No habría truco en esta ocasión. ¡Le desenmascararía, doctor! ¡Tiene miedo!

—Tengo miedo. Mucho miedo. Pero no por las razones que usted imagina. Podría duplicar su persona, exactamente igual que hice con

el conejillo de Indias. Para ello me bastaría elevar las supertensiones y disponer el máximo de milimicros en la escala. Usted y su *doble* resultarían totalmente idénticos. Físicamente, serían mellizos. Pero… ¿la mente, los impulsos anímicos, tampoco sufrirían variación?

—La respuesta a esas preguntas está al alcance de la mano. ¡Haga el experimento! ¡Mantengo la oferta!

—¡Cállese! ¡Usted ignora el desequilibrio científico de ciertos procesos!

—¿Ha perdido la confianza absoluta en su máquina? ¡Mantenga la farsa si tan seguro está del éxito! ¡Yo soy quien lo arriesga todo!

—¿Y las consecuencias?

—Eso es lo que pretendemos averiguar. Cuales son las consecuencias. No existe otro medio más infalible para convencerme, doctor. ¡Para convencer al resto del mundo! Ponga en funcionamiento su máquina y obtenga un hermano gemelo de Jerry Holman. Firmaremos el contrato, le daré el billón y…

—¡No me tiente!

Hubo algo de desgarrado en su alarido. Al fin —para mi fruición espiritual— había perdido el dominio de sus emociones. Su pecho, alterado, subía y bajaba en un compás frenético. Era yo quien ahora acababa de meterle en un atolladero. En un callejón sin salida. O mejor dicho… con una salida utópica.

—Pruebe —insistí—. ¡Sólo aceptaré el contrato bajo esa condición!

—Piense un instante siquiera, señor Holman. Piense en su honradez, en su honor, en su inteligencia, en sus buenos instintos… ¡Aleje de la imaginación la idea de que puedo crear una criatura con sus mismos ojos oscuros, su apostura y sus cabellos castaños! No es la duplicidad física lo que me detiene. Quizá bajo su propio aspecto… ¡dé vida a un torturado mental o a un criminal insaciable!

Le volví la espalda y solté una carcajada hiriente, ofensiva como ninguna otra. Con asco, con desprecio lacerante y superlativo, califiqué:

—¡Es usted un farsante, doctor Berkeley! Un visionario que crea imágenes fantásticas para disfrazar su impotencia. Lo intuí desde el primer día que Dixon Koes me trajo a este lugar.

Quizá estaba harto de soportarme. Quizá quiso darme una lección. Lo he pensado —después— con calma y todo lujo de detalles. Yo tuve la culpa de lo que ocurrió y jamás he intentando eludir la responsabilidad. Prácticamente, le empujé al abismo, actué de motor cuando algo en sus fibras morales se negaba a secundar mi alucinante propósito.

Kurt Berkeley pareció transfigurarse. Un color púrpura intenso tiñó sus mejillas flacas y rugosas. Sus pupilas vacías de continuo se

llenaron de una luz intensa, de brillo fulgurante y terrible.

—No soy un farsante —contestó con la rudeza de martillazos—. *No soy un farsante*. Lo que usted me propone es demasiado hermoso para un hombre de ciencia. Su sueño dorado. ¡Experimentar con seres humanos! Por lo que más quiera, señor Holman, no se atreva a repetir que trato de embaucarle o…

—O… —añadí en son de reto—. ¿O qué, doctor Berkeley? Termine lo que iba a decir. ¡Se lo exijo!

—Una palabra más… ¡y hago la prueba!

—Lo dudo. Además de farsante, le considero un cobarde. Desde este momento, terminan sus relaciones con la "Science Machine Co".

—¡Espere!

—¿Quiere añadir algo?

—Solo unas palabras —aspiró el aire profundamente antes de agregar—: Desde este momento… *¡comienzan mis relaciones formales!* Lo haremos a su modo. ¿Mantiene la oferta?

—Hasta el fin.

—¡Sea! Venga a mi lado. Reproduciré un *doble* de Jerry Holman.

Victoria. Había ganado el debate. Renuncio a explicar lo que sentí. Opino que fue sencillamente indescriptible. Creo que en su mirada brillaba el odio. Sí. Odio intenso. Cuarenta años de fatigas, de sufrimientos, se acumularon de golpe sobre las curvas espaldas del doctor Berkeley. Debió embriagarse con un ansia feroz de desquite. ¡De demostrarme hasta dónde llegaban sus conocimientos diabólicos!

—Despójese de la ropa —ordenó—. ¡Todo fuera! Ha de quedar desnudo. Túmbese delante de las pantallas fúlgidas. Voy a inyectarle un anestésico, señor Holman.

—¿Por qué he de quedar desnudo? ¡Reproduzca también mis ropas!

—Después. Aunque usted no lo crea, siento un gran respeto por todo lo científico. Son operaciones distintas, en las que no cabe mezclar materia orgánica con inorgánica. Las ropas después. Primero el cuerpo.

—¿Y es necesario anestesiarme?

—Sí.

—Dígame la razón. No vi que al cobayo le…

—Debo extraerle sangre.

—Hágalo antes.

—Tiene que ser *mientras* trabaja la máquina. Será una operación de bombeo continuo y gradual. Lo hago en su beneficio… y precisamente por ese respeto de que hablé sobre las cosas científicas. Espero mezclar parte de su sangre actual con la nueva que se formará en la criatura doble. Al menos, aspiro a que lleve algo *verdaderamente* suyo. Ya le dije que no puedo responder de sus sentimientos. La

sangre es un factor de homogeneidad… —clavó sus ojos en los míos—. Pero si no le gusta la idea, aún está a tiempo de retroceder. Nadie, excepto nosotros, conocerá lo ocurrido.

—No retrocederé, doctor. Anestésieme y utilice mi sangre.

—Reconozco que posee mucho valor —murmuró—. Eso, por suerte, dulcifica su insensatez. Le admiro. A mi pesar; pero le admiro.

Comencé a desnudarme. Temblaba. Y no poseía tanto valor como el sabio suponía. ¿A qué negarlo? Era mi orgullo —mi estúpido orgullo— lo que ahora impedía que desistiese del experimento.

Berkeley, moviéndose lentamente, extrajo una bandeja de instrumental quirúrgico y acopló una bomba de irrigación a la máquina. Las gomas flexibles, que depositó sobre la plataforma, me hicieron comprender la verdad.

—Le practicaré un corte en el pecho —explicó—. Justo debajo del corazón. Un extremo del canal estará conectado a su cuerpo… y el otro servirá para alimentar a su mellizo. Serán hermanos consanguíneos. Espero que ello produzca síntomas benefactores en su nueva naturaleza. Tiéndase, por favor. Voy a inyectarle la droga.

Obedecí. Berkeley eligió una jeringa y una larga aguja hipodérmica. Le vi aproximarse. Tenía el rostro ensombrecido, mas la luz poderosa y vivida continuaba reflejándose en sus pupilas.

Dentro de pocos segundos yo quedaría inerme, a su merced. Podría practicarme el corte… o quitarme la vida. Jerry Holman sería un ser indefenso por completo.

—Hábleme de su invento, doctor —rogué—. Déme algunos detalles. ¿Cómo logrará duplicar mi persona?

—Yo lo llamo procesos cíclicos. Una etapa reproductiva motivada por fases creadoras en el campo electrónico.

—¿En qué se funda?

—La energía fomenta isótopos desintegrados… que originan positrones de materia orgánica.

—Interesante. Prosiga.

Casi aseguraría que volvíamos a ser amigos. La tensión había abandonado nuestras voces, hasta poco antes, roncas y ávidas. El ambiente del sótano se inundó de olor a desinfectante. Lo percibí inconfundible, saturándolo todo.

—Cierre los ojos —ordenó Berkeley—. Relaje los músculos. Deje la mente en blanco. Por última vez, Holman… ¿Ha pensado bien en lo que vamos a ejecutar?

—Adelante, doctor. Estoy dispuesto. Y no me arrepiento.

—Usted lo quiere.

—Hábleme, por favor. Deseo escuchar mientras me invade la inconsciencia. Dijo algo sobre positrones de materia orgánica.

—Sí. Los isótopos desintegrados originan positrones. Escúcheme.

Pero no conteste. No razone. Pierda la tensión. Nada malo va a sucederle. Siento que el bisturí deje una pequeña señal en su carne. Será una cicatriz minúscula, inevitable. Es curioso, ¿verdad? Físicamente, usted y su *doble* sólo podrán distinguirse por el tajo del pecho. Es lo único que materialmente no tendrán en común. Voy a explicarle algo interesante. Algo insólito. Sin precedentes.

Hizo una pausa. Sus dedos fríos me pellizcaron la tetilla izquierda. Frotó con un algodón impregnado de desinfectante. Estiró la piel y después, rápido, noté el pinchazo de la aguja hipodérmica.

Bajó el émbolo y sentí penetrar el líquido entre los tejidos, buscando una arteria. La voz de Berkeley, dulzona, poseía acentos adormecedores, sedativos. La droga llenó de cosquilleos mi cerebro.

—Los isótopos desintegrados son el primer vehículo que crea la materia orgánica. Una teoría nueva... demostrada por mí. Esto, en reducida escala, produce partículas *viviens* y comienza, víscera a víscera, la urdimbre del tejido celular humano...

El sopor me ganaba. Un sueño fofo y pesado. ¡Qué dulzura descansar tras la excitación anterior!

Una porción de mi cerebro razonaba todavía. Cuando la droga cumpliese su efecto, Berkeley operaría e introduciría los conductos elásticos en mi corazón. Acaso lo hiciese después. No lo sé, ni me importaba. Lo único cierto y latente era esto: Sangre vieja para un ser nuevo.

Dentro de poco se apagarían las luces del sótano. Destellarían los giróscopos, parpadearían los conos magnéticos y rápidas descargas ultravioladas escaparían de los electrodos superiores. Después, el silbido ensordecedor tomaría volumen, amenazando con taladrar las paredes de la villa y agrietar el Universo entero.

—La liberación de positrones negativos forma núcleos —prosiguió el viejo— cuya multiplicación, bombardeada violentamente con átomos en acción, dan moléculas positivas. La transmutación progresiva de tejidos aumenta la masa hasta transformarla en cuatrillones de energía radiante, cuyo proceso metabólico determina el nacimiento de la materia viviente o núcleo originario del protoplasma intrínsecamente humano. ¡El protoplasma, señor Holman! ¡Es la vida que comienza...!

Vida. Materia. Protoplasma. Tejido orgánico. Una voz, muy lejana, apagándose en mi cerebro. Yo soy Jerry Holman, propietario de empresas, multimillonario, *prototipo* de un guante. ¿Por qué de un guante?

Sueño. Luz. Calor. Silencio. Ésta fue mi última y casi dolorosa sensación. Silencio. Había empezado el gran experimento. ¡Ojalá nunca me hubiese prestado a él!

CAPÍTULO V

EL DOBLE IDÉNTICO

No sé el tiempo que duró mi postración. Nunca se lo pregunté a Berkeley. Era de noche en el exterior; pero allí, en el sótano, brillaban todas las luces.

No experimentaba dolor. Ni fatiga. Ni sobresalto. Recuerdo bien que lo único que tenía era sed. Una sed desmedida, quizá acrecentada por el regusto salado de mi paladar y el acartonamiento de la lengua.

Primero, moví los dedos de los pies —aun antes de abrir los ojos— y luego, paulatinamente, sentí correr la vitalidad por mis hombros, por el espinazo, por los fríos músculos pectorales...

Acaso llevaba varias horas al borde de lo consciente, pero solo recobré la plena consciencia en un instante definido, en un segundo que marcó la diferencia básica entre mi *sueño* y mi *despertar*. Levanté los párpados. Mis ojos vieron las paredes deslucidas, el techo incoloro, la esfera de platino recubierta de electrodos que remataban la altura de la máquina. Sé bien que no me asombré. No hubo sorpresa; pues antes de poseer consciencia absoluta había tenido percepción psíquica y conocía sensitivamente cuanto me rodeaba.

Kurt Berkeley estaba allí, físicamente tan insignificante como siempre. En su cara se leía el gozo, un éxtasis triunfal que rozaba el paroxismo de la satisfacción. Anduvo, bamboleándose, hacia la yacija en que me hallaba tendido. Advertí entonces que llevaba puestas las ropas. Su mano fría y húmeda se posó en mi frente.

—Normal —murmuró—. Es maravilloso.

Yo no dije nada. Necesitaba todos mis sentidos para coordinar ideas y reconstruir hechos pasados. No fue labor difícil. Lo recordaba todo hasta el momento mismo en que la droga me privó del conocimiento. Ahora, metódico, el doctor Berkeley me tocaba el pulso. Sonrió.

—¿No desea incorporarse? —preguntóme—. ¿Alguna molestia?

—Ninguna —respondí con voz clara—. Pero tengo sed.

—Le daré de beber. Lo necesitará. Mire en torno, señor Holman.

No hablaría con tanta seguridad si algo hubiese fallado. Adiviné que el experimento había dado los frutos deseados. Me preparé mentalmente para recibir la ruda impresión y empecé a levantarme de la yacija, ayudado por los codos. *Mi doble estaba allí*. Es sencillo explicarlo con estas cuatro palabras vulgares. ¡Pero yo sentí náuseas y mareos! ¡Un aturdimiento que me hizo estremecer con violencia! *¡Dos Jerry Holman ocupaban el sótano!*

—Es cierto —corroboró el viejo—. Nada de ilusionismo ni de hipnosis. Usted ve lo mismo que yo… ¡lo mismo que verían todos los hombres de la Tierra! Contemple a su hermano mellizo. ¡He logrado transformar a su sombra en carne viva!

No estoy loco. Lo he repetido millones de veces desde que comenzó este asunto. Me ha visto los mejores psicoanalistas del país. Sé que es algo diabólico y monstruoso. Algo que escapa a los límites de la imaginación más ardiente. Le vi, tranquilamente sentado, a unos diez pasos de distancia. Me quedé boquiabierto. No era mi hermano gemelo. Era *yo mismo* convertido en otro ser independiente. ¡Horrísono y sublime a la vez!

—Voy a presentarles… —murmuró Berkeley.

—¡Cállese! —atajé de un alarido—. *¡No es posible que sea verdad!*

—Usted representa el colmo de la incredulidad, señor Holman. ¡Compruébelo de una vez! ¡Me exaspera su actitud!

—¡Hola, Jerry! —dijo entonces una voz que era idéntica a la mía —. ¿Cómo te encuentras?

Había hablado. El espantoso espécimen humanoide, o lo que fuere, *había hablado*. Se dirigía a mí con una familiaridad insultante, dueño de sus actos. Me puse en pie de un salto y aparté a Berkeley con tanta rudeza que le hice vacilar sobre su pierna sana.

Era lo mismo que si estuviese viéndome ante un inmaterial espejo. Una imagen frente a frente. Sus ojos oscuros, su cabello castaño, su piel bronceada *como la mía*. Los dos vestíamos igual. Idéntica camisa, en la que destacaba la corbata azul sujeta por alfiler. Me miró *—o me miré yo mismo—* con burlona curiosidad. Introdujo la diestra en la americana de paño y extrajo una pitillera exacta *a la que Sylvia me regaló un año antes*. Abriéndola, y tendiéndola hacia mí, ofreció:

—¿Un pitillo, Jerry? A los dos nos gusta fumar.

—¿Quién es usted? —rugí.

—¿Por qué no se lo preguntas al doctor? Aunque, en realidad, tú debías saberlo mejor que nadie.

Me mordí los labios. Ahora sí tenía fiebre y mi pulso latía con vertiginosa aceleración. Busqué la pitillera y la hallé. En su interior contenía ocho cigarrillos alineados en la parte derecha. Miré a mi doble… ¡y otro escalofrío me sacudió! *Ocho pitillos en la parte derecha*. Creo que algo ocurrió entonces dentro de mí. Sea lo que fuera, me desvanecí.

Al recobrar el sentido, casi hallé las cosas normales; porque mi mente adaptóse a aceptar los hechos consumados como algo inevitable. Berkeley sostenía ante mis ojos un vaso ocupado por líquido dorado. Era *whisky*. Olí su aroma inconfundible. Mi *doble* se hallaba al otro lado, con las manos apoyadas, *materiales*, en mis

hombros.

—¡Suelte! —ordené, debatiéndome.

Él obedeció; pero dirigió al viejo una mirada de profundo desencanto. Vi que se encendía una llama de cólera en sus pupilas y comprendí —por cómo yo reaccionaba de continuo— que estaba llegando al límite de la paciencia. Debía ser tan irascible como yo, tan autoritario y quisquilloso en sus cosas. *Éramos iguales*. Una copia asombrosamente perfecta del original.

—Domine los nervios —recomendó el doctor Berkeley—. Eche un trago de esto y se calmará. Ya me doy cuenta de que le ha conmocionado el resultado del experimento. Le previne. Pero ahora no hay remedio. Hemos traído a la vida un nuevo ser. Nada conseguimos obstinándonos en ignorarlo; porque él *existe*.

—Bebe, Jerry. ¡Me enoja tu falta de comprensión!

—Hay algo que debe quedar bien sentado —repuse con energía—. *Yo soy Jerry Holman*. No me trates con tanta familiaridad, porque nadie te ha dado semejantes prerrogativas.

—Perdona, muchacho —sonrió—. Verás. Me resulta bastante difícil guardarle el respeto a una persona de la que soy copia *idéntica*. Te agradezco que aceptes el tuteo. Seamos amigos, Jerry. Ahí va mi mano.

—¿Cómo debo llamarte?

—Como quieras. Pero te aseguro que me gusta mucho Jerry Holman. Es un nombre de rancia solera y enorme celebridad. ¿Me dejarás que ocupe tu lugar algún rato? Puedo cumplir algunas obligaciones… mientras tú te vas de diversión. Apuesto mi vida a que nadie podría representarte mejor que yo. Nadie lo advertiría. ¡Qué gracioso! —varió de tono y frunció las cejas—. ¿Desprecias mi mano?

Kurt Berkeley nos contemplaba igual que a ingenios de laboratorio. Desde muchos puntos de vista lo éramos. Especialmente, mi *doble*. Creo que entonces sentí miedo. Un miedo descomunal e inenarrable. Pero era demasiado tarde para echarse atrás.

El bien —o el mal— ya estaba hecho. Me enloquecía suponer lo que el resto del mundo pensaría cuando se diese a conocer la asombrosa historia. La máquina de Berkeley no tendría precio. ¡Podía *duplicar* hombres!

Estreché la mano de Jerry Holman II —¿qué otro nombre podía darle?— y hallé en ella inusitada fuerza vital. No. No era un fantasma o una visión. Era un ser de carne y hueso como yo.

Naturalmente, pensaba hacer muchos análisis a su costa. Cribaría su organismo a fuerza de exámenes médicos, bioquímicos, psíquicos… ¡En algún lugar, en cualquier fibra remota, debía existir el *fallo*!

—Bebe, Jerry —insistió él—. A tu salud. O a la mía. ¡Tanto da, porque somos lo mismo!

Lo he pensado con calma. Horas, días y hasta meses sigo recordando aquella escena y tratando de desmenuzarla por los caminos de la lógica. Lógica… ¡pero si todo es absurdo, *increíblemente absurdo*! No he conseguido aclarar media idea, ni espero conseguirlo nunca.

Mi intención es relatar la verdad. ¡Lo repito, lo repetiré hasta la muerte! Dejo para los demás la ardua tarea de extraer conclusiones. Me gustaría ver a cualquier otro ser humano en mi lugar. Este tipo de impresiones *debe vivirse* para comprenderlas y, llegado el caso, saber enjuiciarlas. Tal vez yo no sería buen juez en una cuestión tan inusitada. Pero —de ello creo estar seguro— vería los hechos desde el misericordioso prisma de la piedad.

Berkeley y yo habíamos llegado muy alto en la escala científica. Puede que algún día la Historia nos dedique una página entera. Mas yo sentía lástima de mí mismo. Éramos dos pobres almas en posesión de un poder ilimitado. No sabríamos cómo aplicarlo. Escapaba a nuestras atribuciones terrenas. Desde aquí, aprovechando esta tribuna de confesión, suplico el perdón y la caridad del Género Humano entero. En Dios confío para que me juzgue en su inapelable Tribunal Divino. Él sabe que yo nunca creí en una reproducción semejante. Nunca esperé que se realizase. Fui el primer sorprendido por el éxito. A Dios, y a todas las restantes criaturas del Universo, pido clemencia.

—¿En qué piensa, señor Holman? —quiso saber Kurt Berkeley.

—Está pensando en mí —sonrió Jerry II, adelantándose a mi respuesta—. Es natural. Le ha caído una pesada carga sobre los hombros. ¿No es verdad, hermano? Busca la solución. Puede que sea sencilla.

—No es sencilla —repliqué—. Cuando más pienso en ello, tanto más complicado me parece todo.

—¿Por qué? —inquirió—. Te abrumas por anticipado. Jerry. ¿Imaginas la de hombres que se sentirían dichosos poseyendo un *sustituto* ideal? Se acabaron los subterfugios, las excusas y las explicaciones. Yo puedo estar en un sitio, supliéndote, mientras te encuentras a cien millas de distancia. ¡Magnífico, muchacho! Fíjate. Teniéndome de tu parte, eso que los humanos llamáis *coartada* no ofrece dificultades imposibles. ¿Te das cuenta? Dentro d«una hora, sin obstáculos, yo podría matar a cualquier persona y tú pronunciar un discurso ante un auditorio de dos millones… ¡todo en el mismo minuto! Tendrías *dos millones de testigos* a tu favor. ¡Pero habrías realizado un asesinato perfecto! ¡Ningún jurado lograría condenarte!

—¡No digas monstruosidades! —acusé.

Berkeley y yo nos miramos. ¿Por qué hablaba de *matar*? Fue entonces por primera vez cuando recordé, horripilado, unas palabras del viejo que iban a adquirir bien pronto relevante preponderancia.

—“Piense un instante siquiera” —había dicho—. “Piense en su honradez, en su inteligencia, en sus buenos instintos. ¡Aleje de la imaginación la idea de que yo puedo crear una criatura con sus mismos ojos oscuros, su apostura y sus cabellos castaños! No es la duplicidad física lo que me detiene. Quizá bajo su propio aspecto… ¡dé vida a un torturado mental o a un criminal insaciable!”

Eran sus propias frases. Jamás podría olvidarlas aunque quisiera. El científico y yo nos identificamos con aquella breve mirada. Sé que ambos pensábamos, y temíamos, lo mismo. Consecuencias insospechadas se derivarían de tan extraordinaria concepción sintética. Tomé el vaso y bebí el *whisky* de un solo trago. Me reconfortó. Suspiré con alivio. Devolviéndolo a Berkeley, dije:

—Tengo que meditar profundamente, doctor. Usted me entiende, ¿no?

—Por supuesto, señor Holman.

—Somos culpables de los actos de un incontrolado. La moral no *nace*; se *inculca* en el individuo. Mi *doble* desconoce la moral y vamos a tener que educarlo en bastantes obligaciones. Ahora mismo volveré a mi despacho y someteré a consulta algunas cuestiones que me preocupan. Bueno… —reflexioné—. Es demasiado tarde. Pero lo haré mañana sin falta. Mi doble se quedará aquí. Pasaré a recogerlo cuando haya resuelto varias incógnitas que me atormentan. ¿Puedo contar con usted?

—Sí —afirmó Berkeley, inclinando la cabeza.

—Gracias.

—A su regreso… espero que traiga el oportuno contrato y la cantidad estipulada. Si le parece, podemos discutir algunos términos básicos. Usted lo prometió.

—Lo prometí, sí. Y también lo cumpliré. Pero… ¿cree que éste es momento adecuado para hablar de ello? Estoy convencido de la capacidad de su *multirreproductor*. Totalmente convencido. No comprometa la patente con nadie. Bástele eso por ahora. Quédese con nuestro amigo. Habrá tiempo de hablarlo todo despacio… y sin testigos. Procure que no le falte nada.

—Un momento —intervino Jerry II—. ¿Qué significa esto? Nadie me ha preguntado. Y yo tengo *opinión propia*.

—Lo siento, Jerry —dije—. Tu caso es muy delicado. Debemos obrar en consecuencia.

—¿Qué consecuencia y qué diablos, hermano? ¡No me habéis dado la vida para que permanezca encerrado entre estas cuatro paredes sucias! ¡Quiero salir al exterior! ¡Ver tu *mundo*, Jerry!

—Todo llegará. De momento, conviene que sigas oculto.

—¿Y si me negase a ello? ¿Quién iba a impedirlo?

—Yo —contesté seco, poniéndome en guardia.

—Abandona tu aire agresivo. *Sé defenderme*.

—¿Es una amenaza?

—Te lo advierto, Jerry. ¡No deseo continuar en este sótano! Dame una oportunidad y te demostraré que soy útil. Vamos, Jerry. Salgamos al aire puro.

—No puede ser *todavía*.

—¿Por qué?

Avancé hacia él. Berkeley, con la mirada fija en el suelo, parecía haber envejecido varios años en otros tantos segundos. Agarrando al *doble* por las solapas, colérico, lo zarandeé.

—¡*Porque no*! —grité fuera de mí—. ¡Te quedarás! ¡El mundo es para *originales*, no para *copias*!

Sus ojos se iluminaron de furor. Él y yo éramos iguales de carácter. ¡Dios, qué dilema! Vi que palidecía y cerraba los puños. De pronto, sin previo aviso, movió los brazos.

En sus reacciones anímicas, yo le llevaba alguna ventaja considerable. Podía adivinar sus actos imaginando simplemente lo que haría en su propio lugar. Cuando inició el ataque, le descargué un cruel puñetazo en el estómago y quedó doblado, encogido, suspirando de dolor.

—¡Me obedecerás por las buenas o por las malas! —grité, encorvándome para repetir el castigo si aceptaba la lucha.

—Esto… esto te pesará… algún día balbuceó.

Me alegró saber que, físicamente, yo era más fuerte que él. Un solo golpe bastó para inmovilizarle. Igual que la idea del borrón de tinta que Berkeley me puso por ejemplo. La *copia* nunca tiene la intensidad de color que el manchón *original*. Mis huesos se habían endurecido a lo largo de treinta años. Los de Jerry II aún estaban *tiernos*.

Tuvo que apoyarse en la pared, con las manos aferradas al estómago, sin apenas lograr respirar. Sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas, cuando repitió:

—Te pesará… algún día. Mal principio, hermano.

—No me deje solo con él —musitó el científico—. Soy viejo.

—¡Berkeley!

—Se lo ruego. Ese hombre… ese hombre es un criminal nato.

—Tomaremos nuestras precauciones —prometí—. ¡Usted es mi única esperanza! ¡Juntos empezamos y juntos hemos de terminar la aventura!

Sí. Precauciones. Ya señalé que la tragedia empezó el día del experimento inicial. ¿Para qué ocultar ahora la inquietud que me dominaba? ¡El *doble idéntico* iba a ser mi pesadilla en los próximos días!

CAPÍTULO VI

UNA PESADILLA SINIESTRA

Conduje el *Firelance* a velocidad suicida por la solitaria autopista. Al consultar mi reloj, me di cuenta de que eran casi las dos de la madrugada. Había empezado un nuevo día para el planeta Tierra.

Ahora contaba con un habitante más, no inscrito en ningún Registro Cívico. Creo —y lo digo con franqueza— que el pavor paralizaba hasta las simples ideas de mi mente. Un ser *que no existía sobre el papel* ocupaba su anónimo lugar en el mundo y pronto iniciaría su destacada labor en él. Nadie sabía que Jerry Holman era *dos* personas. Pero el engaño no lo podría ocultar indefinidamente, y cuando revelásemos la verdad una extraña locura amenazaba con envolvernos a todos.

Naturalmente, guié el *Firelance* hasta mi domicilio particular —un costoso departamento de soltero—, porque nada podía hacer de momento en el despacho de la Compañía. Pese a mi confusión, no obstante el marcado derrotismo mental que caracterizaba mis devaneos, comprendía que mi deber consistía en buscar la solución inmediata al problema. Tenía que trazar una línea de conducta eficaz, mientras Jerry II continuaba encerrado en la *villa* de Berkeley, para someterla a la aprobación de mis consejeros y asesores legales.

Su resistencia no terminó con el puñetazo. Nos costó bastante dominarle y acabamos venciéndole de viva fuerza. Ahora, durante el tiempo que yo me acercaba a mi piso, él seguiría maniatado en el sótano de Berkeley, rumiando amenazas bajo la asustadiza vigilancia del viejo. Quizá debí prevenir lo que sucedería. Aunque confieso que jamás sospeché algo tan terrible.

Dejé el vehículo en el *garaje* privado anexo a la casa y me encaminé al alojamiento con el ánimo contrito, en ese estado de desorientación que nos apresa cuando hay que adoptar decisiones fundamentales y no acertamos a encontrar el camino adecuado. Estimé que un baño caliente me sentaría bien y devolvería elasticidad a los envarados músculos. Me sentía fatigado. Supongo que, aunque parecía física, mi fatiga resultaba esencialmente espiritual.

En el cuarto de baño me contemplé en los juegos de espejos que decoraban las paredes. Viéndome así, en silencio, juzgué a la perfección la inconcebible obra de Kurt Berkeley. Su *reproducción* material no podía ser más perfecta. La copia y el original *eran todo uno*. Comencé a desnudarme, sin dejar de clavar los ojos en la imagen que reflejaban las pulidas lunas.

Al despojarme de la camisa, descubrí el breve emplasto de algodón sujeto por tiras de esparadrapo que resaltaba a la izquierda de mi pecho, sobre el corazón. Era el corte quirúrgico por donde Berkeley introdujo los conductos de la bomba de irrigación sanguínea.

—Una señal de identificación —musité para mis adentros—. La única diferencia capaz de distinguir a Jerry Holman de Jerry Holman II. ¿Y qué? ¿Acaso desvirtúa en algo los hechos?

El baño, lo reconozco, me hizo mucho bien. Salí del cuarto fortalecido. Hasta sentí un aguijoneo de apetito. Anduve en dirección a la cocina, después de vestirme un cómodo batín de seda sintética, y allí exploré en el gigantesco congelador donde la señora Dockson —mi asistenta doméstica— siempre dejaba alimentos preparados. Efectivamente, había carne de ave, tarta de frutas, fiambres y leche fresca. Trasladé algunas cosas a la mesa de la cocina y me dispuse a tomar un bocado. Eran —lo recuerdo porque consulté el reloj— cerca de las cuatro de la madrugada.

A tan intempestivas horas y en circunstancias normales se entiende, es ilógico esperar visitas. Yo no las esperaba, en verdad. Pero es innegable que algo incierto flotaba dentro de mí, pues no me asombré demasiado cuando empezó a sonar el zumbador de la puerta.

Puede que se tratase de algún amigo o empleado. Debe tenerse en cuenta que abandoné la “Science Machine Co” por la mañana, sin indicar a nadie mi paradero, y es natural que se hallasen, sino intranquilos, extrañados. Dixon Koes, que conocía buena parte de los hechos, con mayor motivo. También podía ser Sylvia. Un poco tarde, juzgué; pero los dos últimos días la tuve relativamente abandonada.

Salí a abrir. Un presentimiento me flageló el corazón, lacerándolo. Al separar la hoja de madera, apuesto a que puse cara de idiota, porque arranqué una irónica sonrisa de mi inesperado visitante.

—¡Hola, hermano! —dijo serenamente—. Celebro que todavía estés levantado.

—¡Tú! —exclamé, retrocediendo igual que si acabasen de propinarme un golpe—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En un vehículo público. Olvidas que llevo una cartera idéntica a la tuya, *con dinero y documentos*. Fue sencillísimo. ¡Hola! Tenemos una espléndida choza, Jerry. Voy a sentirme muy a gusto a tu lado.

—¿Qué ha ocurrido?

—No te excites —empezó—. Y por favor, suprime los puñetazos. Aún me duele el estómago por lo de antes. Te lo contaré poco a poco, ya que entre nosotros no pueden existir secretos. Mira —me mostró las muñecas, en cuya suave piel se veían impresas las marcas de las ligaduras—. Llevaré este recuerdo por algún tiempo.

—¡Jerry! —estallé—. ¡Dime inmediatamente lo que ha pasado en casa del doctor Berkeley!

—Bonito cuadro —comentó, haciéndose el desentendido—. ¿Lo pintaste tú?

Yo no sabía qué pensar. Me hallaba anonadado por su presencia. Sólo dos horas antes le dejé inmovilizado en el sótano de la *villa* y —según creía— perfectamente aislado del mundo. Desde luego, me resistía a creer que el viejo científico le hubiese concedido la libertad graciosamente. En tal caso, cabía suponer que Jerry II cometió algunos actos para improvisar su fuga. ¡Había huido! ¡Seguro!

—¡Te has escapado! —rugí.

—¿Y por qué no? No me gustaba la covacha de Berkeley. Te lo dije, hermano. ¡Oh, sé consecuente! ¿Hay algún mal en que desee estar contigo?

—¿Y el doctor? ¡Habla, estúpido!

Me miró con desdén, en pian superior. Ahora ya estaba seguro de que, pese a la homogeneidad sanguínea, mi mellizo idéntico había heredado muy pocas virtudes y, en cambio, todos mis defectos.

Olvidándose deliberadamente de mi cólera, anduvo por el pasillo en dirección a la cocina, cuya blanca iluminación destacaba al fondo. Cerré de un portazo brusco y le seguí a largas zancadas. De un zarpazo le agarré por el cuello de la americana, deteniéndole.

—¡Quiero saber la verdad! —grité—. ¡No estoy dispuesto a tolerar tus caprichos! ¡Si es necesario te la arrancaré por la violencia, Jerry!

—No es necesario —contestó—. Suéltame. Eres un hermanito poco acogedor, diablos. He tenido que esforzarme para venir hasta aquí y me recibes poco menos que a puntapiés —sonrió y olisqueó el aire a su alrededor—. ¡Qué bien hueles, muchacho! Agua perfumada, ¿eh? Creo que también me convendría un buen baño. Tus gustos son *mis gustos*, Jerry. Sabes rodearte de placeres y ello me causa felicidad. Comida —agregó, dirigiendo una ojeada a la dispuesta mesa—. ¿Me invitas a cenar? Gracias. Acepto complacido.

Algo se quebró dentro de mí. De pronto, desmoronándose, sentíme perder energía y comprendí que Jerry II acababa de ganar la batalla. Nada podía hacer para impedir su presencia. Berkeley *duplicó* mi persona y el mal estaba ya hecho a conciencia. Sólo me restaba aceptar los hechos con resignación y tratar de sacarles el mayor partido posible.

Mientras mi *doble* se sentaba y comenzaba a roer con fruición un muslo de pollo, yo crucé los brazos sobre el pecho y apoyé la espalda en la pared.

—¿Cómo te fugaste? —interrogué.

—El viejo tenía miedo de mí —repuso sin dejar de masticar—. No sé por qué. Te juro que mi intención es ser cordial con todo el mundo. Ya me conoces. Puede que mis sentimientos no sean tan selectos como los tuyos y en ello estamos de acuerdo. Soy lo mismo que un recién

nacido y necesito educación. Una especie de bebé adulto —rió su propia frase—. Lo cierto es que no quería ser prisionero de nadie. Me puse a luchar con las ligaduras desde que te marchaste. El viejo no se dio cuenta que había conseguido librar una mano… y entonces le llamé. Daba risa verle andar con su pata grotesca. No sé bien cómo ocurrió aquello: pero al darle el golpe, volcó unas bombonas de líquido incoloro *y el sótano se llenó de llamaradas*. ¡Qué calor tan horrible despide el fuego, Jerry! ¡La carne humana se achicharra enseguida! El viejo gritaba como una rata, pero yo… yo estaba libre. ¡Qué bien me salió el truco!

La cabeza me daba vueltas. Jerry II decía las cosas sin concederle la menor importancia, lo mismo que quien relata el incierto revoloteo de una mosca. Creo que nunca sabré a ciencia cierta lo que ocurrió en el laboratorio. Deduje entonces que mi *doble* y Berkeley sostuvieron una pelea, de resultas de la cual unos ácidos envasados se inflamaron al ser expuestos al aire y declaróse un pavoroso incendio.

Los reporteros de Prensa justificaron así el accidente. *El accidente*. Lo hicieron también por deducción, puesto que de la casa sólo quedaron ruinas calcinadas. Todo ardió. Laboratorio, *multirreproductor*, planos y patente… Todo. Jerry II seguía comiendo y su conciencia —si es que la poseía— no le reprochaba nada. Aquello me convenció, de una vez para siempre, de que carecía totalmente de moralidad. Era un peligro constante para la sociedad. Un engendro sin freno. Y yo tenía *una gran parte de culpa* por haber permitido al malogrado viejo realizar el experimento.

Tomaría, o destruiría, cuanto desease. No sabía discriminar los conceptos *bien* y *mal*. Era —a fin de cuentas— una máquina humanoide, exactamente idéntico a mí en lo tocante a apariencia física, pero con la mentalidad más abyecta y retorcida que puede imaginarse. ¡Me aterraba contemplar el simple movimiento rítmico de sus mandíbulas! ¡Parecía que no solo devoraba el pollo… *sino al mundo entero*!

—¿Y el doctor? —murmuré—, ¿Qué ha sido de él?

—¡Oh, se quedó allí! —contestó después de chupar el descarnado hueso—. Su cuerpo entero parecía una hoguera.

—¿No hiciste nada para salvarle?

—¿Salvarle? —me miró de hito en hito—. ¿Por qué había de salvarle? ¡Él tuvo la culpa de que empezase el fuego!

—¿Tú no tienes ninguna?

—Creo que no.

—¡Pero estaba abrasándose vivo, Jerry! ¡Tu obligación era sacarle de allí!

—¡Ah! —puso cara de asombro y *no fingido*—. Lo siento, hermano. Nadie me avisó que tuviese esa clase de obligaciones. La

próxima vez trataré de...

—¡No habrá próxima vez! —vociferé.

Se sirvió un vaso de leche y con mano tranquila —desprovista de temores— lo bebió a largos tragos. Yo estaba espeluznado. ¡De qué forma terrible se complicaban las cosas! En el mismo día, la pesadilla siniestra me hizo vivir dantescas emociones. Abandoné la oficina, existía un *doble idéntico*, el doctor Berkeley murió abrasado... ¡Debía dar el gran paso a despecho de todo otro sentimiento cobarde!

La única solución consistía en exponer a la luz pública los asombrosos sucesos. Airear la verdad, mal que me pesase. La muerte de Berkeley, desde luego, iba a representar un grave contratiempo y me dejaría en la más falsa de las posiciones. Cierto que Dixon Koes, y hasta Albert Simpson, podrían dar fe de algunos aspectos aclaratorios. Pero... ¿quién *iba a creer* en mi fantástica historia? Jerry II había cometido un homicidio involuntario. Y digo involuntario porque carezco de fundamento para acusarle más enérgicamente. Era el autor material del delito. Sin embargo... ¿cómo juzgar a un ser *que no existía*? Un habitante terráqueo sin padres, sin fecha de nacimiento, sin historia social. Me aparté de la pared, excitado, y gruñí:

—No te muevas de aquí. Voy a vestirme. Saldremos enseguida.

—¡Oh, hermano, tengo sueño! ¿Tú no?

—Yo también.

—Entonces...

—¡Cállate! Harás lo que yo decida. Hay que explicar a las autoridades lo sucedido en la *villa*.

—¿Quiénes son las *autoridades*?

—Gente que representa algo en el mundo.

—¿Por qué?

Apreté los dientes, *¿por qué*? Preguntas y más preguntas en boca de aquella criatura *que no sabía nada*. Me encogí de hombros y salí de la cocina para dirigirme a mi habitación. Mientras me cambiaba totalmente de ropa interior y exterior, murmuré una plegaria que a mí mismo me sorprendió. Ahora —quizá tarde— invocaba la ayuda de Dios. Sentía toda In brutal responsabilidad gravitando sobre mi espalda. Berkelev había recibido su castigo por atentar contra los designios divinos. ¿Su castigo? ¿Y cuándo, *en qué momento*, llegaría el mío? Habíamos sido cómplices del mismo delito. No tenía paliativos mi conducta.

Estaba moralmente deshecho, transformado en un guiñapo humano, cuando regresé a la cocina y encontré a mi gemelo fumando plácidamente un cigarrillo. Faltaban diez minutos para las cinco de la mañana.

—Vamos —ordené.

—¿A dónde?

—Quiero presentarte a... ciertos señores.

—¿Las autoridades?

—Sí.

—¿Amigos tuyos?

—Sí. Amigos.

—Oye. Jerry... ¿por qué no lo dejamos para mañana?

—Hoy es mañana. No tardará en salir el sol.

Aplastó la colilla en el platillo del vaso de leche y se puso de pie. Descubrí una aguda sagacidad en sus ojos y creo que habría dado cualquier cosa por conocer los pensamientos que bullían en su cabeza. No obstante, con inusitada sumisión, me siguió pasillo adelante.

Descendimos a la planta del edificio y abrí el *garaje* privado. No nos tropezamos con nadie durante el camino. Hay algo que recuerdo bien, y quiero relatarlo. Acababa de dar la vuelta al estacionado *Firelance* —con el cual me proponía llevar a Jerry II a la Central de Seguridad de Nueva York— cuando él me formuló una pregunta incomprensible.

—¿Saben esos amigos tuyos que mi obligación era sacar al viejo del sótano en llamas?

—Temo que sí.

—Lo lamento. Lo lamento de veras, hermano. Pero hay cosas que no entiendo... ni deseo entender.

Una sorda explosión estalló en mi cerebro. Multitud de luces blancas, rojas y verdes se encendieron y apagaron ante mis ojos ciegos. La conciencia del dolor me dominó. Aún tuve un pensamiento sensato. *Jerry me había atacado por la espalda*. Luego, caí de bruces, debí perder el sentido y... y no sé lo que ocurrió hasta que lo recobré sumergido en el río.

CAPÍTULO VII

¿QUIÉN SOY YO?

La frialdad del agua actuó sobre mí con impresionante sensación. En medio de furiosos escalofríos, recobré el conocimiento. La sangre se solidificó en mis venas. ¡Tenía los brazos atados a la espalda!

He dicho muchas veces que existen sucesos cuyo relato apenas llega a conmover. *Hay que vivirlos*. El caso que ahora nos ocupa, por ejemplo, puede incluirse entre ellos. ¿Ha despertado usted alguna vez hundido en las aguas frías de un río, con el único recuerdo mental de haber sido atacado por la espalda? Éste es el trance por el que ahora atravesaba yo... ¡y ni siquiera me quedaba el recurso de poder bracear para ganar la superficie!

Todo ocurrió de una forma más intuitiva que calculada. Ignoro cómo; pero lo cierto es que empecé a mover las piernas frenéticamente y enderecé el cuerpo hasta establecer una prometedora horizontal. Las ropas me molestaban bastante, aunque no con exceso, ya que me encontraba totalmente sumergido en la enorme masa líquida. Lo peor de todo era la respiración, que contenía a duras penas. Mis pulmones amenazaban con estallar igual que frágiles bolsas de papel.

Comprendí que no debía dejarme amilanar por el terror, o de lo contrario estaba perdido. Así que, sobreponiéndome a mis propias sensaciones, intenté aflorar al exterior valiéndome de las piernas y torsiones de cuerpo.

Cuando asomé la cabeza por la superficie y logré mantenerme a flote algunos segundos, abrí la boca y aspiré con verdadera ansiedad una profunda reserva de aire fresco. Los cabellos se me pegaban a la frente y la espuma salpicaba mi rostro. La corriente del Hudson era demasiado rápida para un mediano nadador como yo, y me arrastró varios metros, no tardando en engullirme de nuevo hacia las profundidades.

Sin embargo, la primera y tremenda impresión había sido superada, lo que me permitió razonar con bastante cordura. Utilizando las piernas conseguía, no sin apuros, evitar irme de cabeza al fondo. Lo cual, dicho sea sin vanidad, era ya un éxito de por sí. Centré entonces toda atención y esfuerzos para liberar las manos.

Había sido atado con una vieja soga que Jerry II debió encontrar, sin duda, en el *garaje*. Forcejeé sin descanso, repitiendo pacienzudamente la operación de emerger para tomar aire y volver a los penosos buceos, hasta que las fibras de cáñamo se fueron

deshilachando y pude —¡gracias a Dios!— emplear los brazos.

No sé el tiempo que invertí en liberarme; pero puedo jurar que no repetiría esta exhaustiva experiencia por todo el oro del mundo. Entonces, nadando a la braza con un estilo que cualquier espectador habría calificado de antiolímpico, fui aproximándome a la más cercana de las riberas, donde se mecían blandamente barcazas, gabarras y pequeños navíos a motor.

Hay una laguna en mis recuerdos. Creo que el desusado esfuerzo me hizo perder la noción de las cosas. De ello queda algo patente: el inmenso horror que me produjo saber *que Jerry II había atentado contra mi vida*. Tal evidencia echaba por los suelos cualquier esperanza de componenda. No existía remedio. Kurt Berkeley estuvo en lo cierto y creó un ente físicamente gemelo a mí, pero cuya mentalidad era la de un degenerado.

Estaba empapado, aterido de frío y medio muerto de cansancio cuando, al fin, me agarré a la enmohecida cadena de un ancla y permanecí sujeto hasta ir recobrando el aliento.

La claridad del día, animada por pinceladas de sol que filtraban los cúmulos nubosos, me convenció de que la mañana se hallaba avanzada. Afortunadamente para mí, no circulaban apenas transeúntes y vehículos por el cercano puente metálico, cuyos colosales arcos se alzaban sobre mi cabeza y el dédalo de embarcaciones ancladas.

Sirviéndome de la providencial cadena, en un lento ejercicio de izarme a pulso, subí a bordo de un carcomido y solitario lanchón, sobre cuya cubierta me tendí cuan largo era. Mis fuerzas rebasaron el límite. Allí debí quedarme dormido.

El sol me daba en la cara, y tenía las ropas parcialmente secas, en el momento que un pie me volteó boca arriba.

El bronceado marino que acababa de despertarme, mirábame con estática curiosidad, sin duda tratando de adivinar qué hacía aquel desconocido en su barca. Me incorporé lentamente, sonriéndole para evitar cualquier protesta demasiado áspera. Sólo se me ocurrió decir en mi disculpa:

—Perdone. Creo que anoche bebí unas copas de más.

—¿Y se cayó al río? —inquirió, deshaciendo el frunce del ceño.

—Sí… Bueno; no lo sé exactamente. Íbamos varios amigos… y uno de ellos propuso darse un baño. Quizá confundí el Hudson River con la playa de Coney Island.

El *whisky* juega esas malas pasadas —admitió, devolviéndome la sonrisa que multiplicó las infinitas arrugas de su rostro curtido—, ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, gracias.

—¿Se siente fuerte? Acaso convendría que le acompañase a casa…

—Estoy bien. Le agradezco el ofrecimiento. Discúlpeme, señor. Y

gracias otra vez.

Tenía prisa por alejarme de allí y el hombre lo comprendió enseguida, por lo que no trató de retenerme. Con las manos, me ordené el revuelto cabello y traté de alisar en lo posible las deformadas ropas. No tuve dificultad en encontrar una escala de acceso y llegar al malecón. Desde la barandilla, me volví a mirar a mi espalda y el veterano marino agitó su brazo en señal de despedida.

Mi primera intención fue dirigirme, sin pérdida de tiempo, a la oficina de la Compañía. Un sexto sentido me avisaba que los servicios de mis abogados íbanme a ser decisivamente necesarios. Estaba metido hasta el cuello en un notable embrollo. Pero, ante todo, decidí coger las cosas con serenidad. Había salido de una buena. Jerry II —sin nadie que pusiese en duda su personalidad— vagaría libremente por la ciudad. Yo era, pues, el *intruso*... hasta que demostrase lo contrario. La demostración, inexcusablemente, requería tiempo y astucia.

El helor del agua fría del Hudson se me había filtrado en los huesos. No podía dominar el temblor. Ello, unido a mi aspecto desaliñado y maltrecho, hacía que las gentes que se dirigían a sus ocupaciones se volviesen a mirarme. Lo que menos deseaba en semejantes circunstancias era, por supuesto, llamar la atención. Conocía a infinidad de personas debido a mis extensas relaciones comerciales, y cualquiera de ellas habría bastado para levantar la liebre y dar la campanada escandalosa.

Descubrí a una guardia metropolitano rondando por el final del puente. Describía círculos caprichosos con la cachiporra de goma que llevaba colgando de una muñeca, y yo procuré pasar lo más lejos posible de él. Mi furtivo comportamiento hizo que pensase cosas desagradables y hasta me comunicó la sensación de que obraba como un fugitivo. Pero una detención, aunque fuese basada en sospechas infundadas, resultaría catastrófica.

Me introduje en el primer bar que hallé al paso. Pedí café caliente y una copa de licor. Ambas bebidas me tonificarían y acabarían con los temblores. Aún no he podido olvidar la cara de incomprensión que puso el *barman* cuando le pagué la consumición con un arrugado y húmedo billete de cinco dólares. Lo estuvo mirando al trasluz hasta convencerse de que era legítimo. Yo no le presté demasiada atención. Acababa de beber el café y el coñac. Mis ojos recorrían, como fascinados, una noticia aparecida en la tercera página *del New York Herald*. Los titulares anticipaban:

MISTERIOSO SINIESTRO EN UNA VILLA DE LAS AFUERAS —EL VORAZ INCENDIO HA CONSUMIDO EL EDIFICIO HASTA SUS CIMIENTOS— UN CADÁVER CARBONIZADO SIGUE SIN

IDENTIFICAR, AUNQUE SE TEME PUEDA TRATARSE DEL DR. KURT BERKELEY, DESTACADO FÍSICO E INGENIERO ELECTRÓNICO.

Venía a continuación una información somera del suceso. La policía investigaba el hecho en busca de indicios. Se daba por sentado que el siniestro fue producido al inflamarse líquidos químicos. De todas formas, el Gabinete de Tecnicología diría la última palabra.

El *barman* me entregó el cambio del billete y yo lo guardé automáticamente en el bolsillo. Luego, dejando el diario encima del mostrador, anduve hasta la cabina del teléfono público. Creo que nunca me he alegrado tanto de utilizar el viejo chisme de comunicación. En otros lugares de Nueva York, especialmente en el centro de la *City*, ya funcionan los telerreceptores que permiten contemplar por la minúscula pantalla a la persona con quien se mantiene conversación. Pero la instalación es costosa y progresa lentamente. Al otro lado del río, como en la mayor parte del Estado, sigue utilizándose el vulgar y arcaico teléfono público. Metí un níquel por la ranura y esperé la señal de línea para marcar el número de mi propia Compañía.

—"Science Machine Co" —canturreó una voz femenina—. Dígame.

—Deseo hablar con el señor Dixon Koes, del Departamento Técnico —solicité.

—Le pongo. Aguarde un momento, por favor.

Me acaricié las mejillas, en las que ya comenzaba a puntear la barba. Pensé que Dixon iba, por vez primera, a recibir una clase de broma que le dejaría atónito. No creería que estaba hablando conmigo cuando le dijese mi nombre. Claro, que este extremo podía comprobarlo enseguida. Y yo necesitaba confiar a alguien mis tribulaciones. Medio minuto más tarde recibí una sorpresa demoledora.

—Lo siento, señor —declaró la misma voz femenina—. El señor Koes no puede ser molestado ahora, porque está en el despacho de nuestro director y presidente *mister* Holman. Llame más tarde si lo desea.

Algo falló bajo mis pies, o, acaso, es que se me doblaron las rodillas. La telefonista repitió de nuevo su respuesta; pero yo colgué el aparato sin murmurar una palabra. ¡Me había quedado sin habla! No era para menos, desde luego. ¡Jerry II ocupaba *mi propio despacho particular! ¡Y nadie se daba cuenta de la sustitución!*

Salí de la cabina tambaleándome. ¿Hasta dónde llegaría la osadía de aquel engendro *duplicado*? ¿Qué clase de planes se formaban en su cerebro sintético? ¿Cuáles eran sus propósitos? Las tres preguntas me torturaron durante un largo tiempo. Recuerdo que iba vagando por las

calles, sin dirección definida, tropezando con las gentes presurosas que recorrían las aceras. El sol estaba muy alto en el cielo.

Naturalmente, yo no podía acercarme por la Compañía mientras se hallase en ella mi *doble*. La verdad resultaría demasiado *evidente* y adivinaba que no me encontraba en las debidas condiciones para afrontarla. Decidí, pues, tomar un vehículo de alquiler. Así lo hice. Por lo pronto, iría a mi piso. Debía cambiarme de ropas. Luego, pensaría lo más conveniente.

Di la dirección al *taxista* y avanzamos a buena marcha entre la riada del tránsito rodado. Algunos *helitaxis* revoloteaban a doscientos metros de altura. Los familiares edificios de las arterias vitales de Nueva York sirvieron para tranquilizarme. Mi confusión mental era tan intensa que, eliminado Dixon por el momento, no sabía a quién acudir. Estuve tentado de dirigirme a la Central de Seguridad; mas recapacité en las escasas probabilidades a mi favor que la perfecta personalidad de Jerry II había dejado. La policía no entiende de explicaciones. Exige pruebas. Las mejores que yo poseía se hallaban, desgraciadamente, convertidas en calcinadas ruinas.

En mi piso me ocurrió algo curioso, que no acerté a definir enseguida. La señora Dockson acudió a recibirme nada más cerrar la puerta. En una mano empuñaba el aspirador portátil y vestía su equipo de limpieza. Me miró con los ojos muy abiertos, asustada.

—¡Señor Holman! —balbuceó.

—Buenos días —dije—. ¿Sucede algo?

—Pues... —su estupor me puso sobre aviso—. ¿De dónde sale usted con esas ropas y ese aspecto de cansancio?

—He pasado la noche fuera. Asuntos de negocios.

—¿*Cómo*...? —gritó—. ¡Si hace un momento envié su traje gris al tinte! ¡Y se tomó el desayuno esta mañana!

—Bueno —soslayé—. Es un poco largo de explicar. Tranquilícese porque... porque no pasa nada anormal. Continúe con su trabajo.

Creo que la dejé horrorizada: pero lo cierto es que tenía motivos para estarlo. Al entrar en mi cuarto comprendí la verdad. Jerry II estuvo allí. Sin duda, regresó nuevamente a mi domicilio después de arrojarme al río y suponer que había logrado deshacerse para siempre de su *original*. Comenzaba a resultarme molesto. Nueva York *era pequeña* para los dos. No me costó el menor esfuerzo comprobar que estuvo revolviendo en mi armario. Había dejado la ropa sucia en el depósito de plástico. Vi la camisa y la corbata que Berkeley *duplicó*.

Por doquier encontré huellas de su estancia. Usó mi dentífrico, mi maquinilla de afeitar, mi loción preferida... Quizá la propia señora Dockson —que siempre acudía temprano a casa— llegó a verle desayunar. De ahí su espanto. Ella *sabía* que yo dormí en el lecho y salí hacia la oficina vistiendo un elegante atuendo oscuro. Por eso le

extrañaba mi nueva indumentaria, mi rostro barbudo y mi ambigua actitud. ¡El problema resultaría insoluble si no lo atajaba de raíz!

Necesitaba tiempo para pensar. Creo que a cualquier otro ser humano le habría ocurrido lo mismo. Era una situación extraña y desconcertante, en la que debían improvisarse infinidad de cosas.

Me duché con agua fría y cambié mi vestimenta de arriba abajo. Tomé un bocado rápido —un *sandwich* y leche— antes de lanzarme otra vez a la calle. En mi reloj pasaba del mediodía y no pude evitar preguntarme de qué forma actuaría Jerry II cuando finalizase la jornada matutina de la Compañía. Él engañaría a todos con su aspecto, con su voz y ademanes. Pero *no sabía una palabra de negocios*. Ello le delataría sin remisión. Además, contaba decisivamente su carácter agresivo y peligroso. Sonreí para mis adentros. Y tampoco tenía la herida en el pecho *que serviría para identificarme*. Claro que — y esto era un verdadero desastre— el doctor Berkeley *había muerto*.

Recién afeitado, pulcramente vestido y alimentado lo suficiente para no desfallecer de debilidad, me despedí de la señora Dockson, cuya expresión seguía siendo de total confusión. Entré en el garaje privado. Escogí el pequeño y manejable *Zephyr* deportivo, ya que el *Firelance* brillaba por su ausencia. Danzaba un proyecto en mi mente y pensaba ponerlo en práctica sin dilación. Sylvia podía serme muy útil en aquel asunto. Pero...

—No lo entiendo —repitió por secunda vez Jones, el estirado mayordomo de la familia Ferrell—. Juraría que era usted mismo quien se la llevó a almorzar. ¡Estoy seguro! Les vi subir a su reactor y la señorita Sylvia parecía muy satisfecha por la invitación...

No grité una maldición porgue logré contenerla a tiempo. Pero aquello se estaba convirtiendo *en algo imposible*. Jerry II era mi pesadilla en todos los sentidos. En el pórtico de la suntuosa mansión de los Ferrell, el sirviente y yo nos contemplábamos como un par de estúpidos. Jones era un hombre habitualmente dueño de sus emociones y por ello me sorprendió verle palidecer al poco de abrir la puerta. Cuando le pregunté por Sylvia se derrumbó lo mismo que un saco vacío.

—Bien —mascullé—. No se preocupe. ¿Sabe dónde han ido?

—¡Señor Holman! ¿Cómo quiere que yo sepa dónde ha ido la señorita Sylvia y *usted*?

—¡No diga tonterías, Jones!

—Le doy mi palabra de honor...

—Basta —atajé de mal humor—. Es suficiente.

—¿Le anuncio a los señores? Están en el comedor y ellos podrán ratificarle...

—No, no —interrumpí con viveza—. Olvídelo. Es... es mejor que no les diga nada. Se trata de una broma —sonreí forzadamente—. Sí;

una broma. ¿No es divertido, Jones?

—No lo entiendo —dijo él por tercera vez.

—No importa —deslicé un billete de diez dólares en el bolsillo de su entallada librea—. Gracias, Jones. Y no lo olvide. Punto en boca.

No cerró la puerta hasta que arrancó el *Zephyr* conducido por mí. Ahora —lejos de aquella pesadilla— encuentro algo cómico en la situación. Igual que la señora Dockson, debió tomarme por loco.

Mis actos lo parecían, claro. La realidad me ponía nervioso. Jerry II se adaptaba maravillosamente a mi propia vida y empezaba a desplazarme de la sociedad. Se me adelantaba en todas las iniciativas. ¿Quién era yo? He aquí una presunta espinosa. Llegaría un momento en que todo el mundo dudaría de la verdad… como me sucedía a mí con excesiva frecuencia.

Primero Dixon. Luego la señora Dockson. Y ahora Sylvia. Malo. *Muy malo*. Si no ponía freno a su vertiginosa carrera resultaría que el *original* iba a convertirse en *copia*, y viceversa. ¡Sylvia en manos de aquel demoniaco producto de una máquina! ¡Y las pruebas serían difíciles de aportar ante la autoridad competente!

Recordaba su proposición de *fabricar una coartada perfecta*. Creo que fue entonces cuando comprendí el siniestro alcance de sus manejos. No era inteligente, pero demostraba una insuperable habilidad. Quizá sospechaba que yo no había perecido ahogado en el Hudson. Trataba de rodearse de hechos a los que recurrir con ventaja mientras mis horas en blanco pasaban sin dejar otras huellas que un espantoso desorden. Dispondría de su gran coartada y no encontraría dificultad en consumar un *crimen perfecto*.

Me estremecí. Sudaba por todos los poros de la piel. Estaba claro. Clarísimo. Jerry *quería eliminarme*. Habíase erigido en autoheredero de mis bienes y mi persona. Le entusiasmaba *mi mundo*. Esto lo explicaron después los abogados enfocándolo desde el punto de vista jurídico. Pero creo que ahí residió el mayor error.

Por eso cuento la verdad lisa y llanamente. Tengo fe en la conciencia de los hombres que van a juzgarme. Si ellos me condenan no pienso oponerme, ni lamentarme, del veredicto. Si me absuelven, gritaré con toda la fuerza de mis pulmones: ¡LIBRAOS DE SABIOS COMO KURT BERKELEY! Aspiro a que nadie vuelva a cometer el soberbio pecado de intentar igualarse al Todopoderoso.

Estaba acorralado. Cazado en mi propio cepo. Incluso Sylvia, que poseía sobradas razones para conocerme bien, se mostró impotente para advertir la diferencia existente entre mi *doble* y yo. Fueron a almorzar juntos. ¿Qué podía esperar? Me indignaba suponer que *él* se atreviese a rozarla un solo dedo. *Pero Sylvia creía que estaba con su adorado prometido*. No tenía escape. Yo era el intruso. El desplazado. El postizo en la Tierra. ¡Oh, Dios, qué mortal angustia!

Si alguien hubiese conocido el secreto —aparte de Berkeley— me habría sentido más calmado. Yo seguía siendo el *único*. Si moría en la empresa, nadie sabría jamás lo que ocurrió en la *villa-laboratorio*. Debía contarlo. Extender mis temores. Participar de la confianza y comprensión de otra persona. Por la hora, ya no quedaría ningún empleado en la Compañía. Tomé una decisión. No sé si fue acertada. De ella partió el desenlace final y me enloqueció la ira. No me arrepiento de lo que hice. Volvería a repetirlo igual que quien cumple una penosa, pero ineludible, obligación.

Conduje el *Zephyr* hasta el departamento amueblado que ocupaba Dixon Koes. Trataba de alejar de la imaginación la idea de que Sylvia y mi *doble* se encontraban juntos. Tampoco me quedaba el recurso de localizarles, porque hubiese sido lo mismo que pretender buscar una aguja en un pajar. Nueva York es demasiado grande y si la elección del local para almorzar había recaído en Sylvia, igual podían hallarse camino de Suffolk que de cualquier parador típico de las costas de Westchester.

Apliqué los frenos ante el azulado edificio de Barclay Street. Confiaba que Dixon estaría en el departamento, porque no acostumbraba a comer fuera de casa. Me metí en el ascensor y pulsé el botón del sexto piso. Desde luego, Dixon se hallaba dentro. Lo supe por el portero.

Llamé cuatro veces, con insistencia, antes de que alguien acudiese a abrirme. La cara rojiza de mi amigo, amodorrada, me demostró —antes de percibir el vaho alcohólico que impregnaba su aliento— que se encontraba borracho como una cuba. Otra sorpresa.

—¡Oh! —sonrió con desdén, asiéndose al marco para no caer—. ¡Es… es el genio! El poderosísimo Jerry Holman se… se digna descender hasta mi humilde morada… ¡Loadas sean todas las virtudes humanas! ¿Pero sabes lo que te digo? ¡Lár… lárgate de aquí, idiota!

—¡Dixon! —rugí.

—¡Quítate de mi vista! ¡No hay arreglo po… posible! ¡Fuera!

—Escucha… ¡Tienes que oírme! ¡Te necesito, amigo!

—¿Amigo? —lanzó una carcajada—. ¡Yo no… no soy tu amigo! ¡Hasta nunca!

Iba a cerrar. A darme con la puerta en las narices. No comprendía nada; pero decidí actuar según me dictaba la conciencia. Atasqué el pie, rápido, en la ranura de la jamba y proyecté todo el peso de mi cuerpo contra la puerta. El impulso fue tan violento que Dixon salió despedido hacia atrás, quedando sentado en el suelo después de derribar la lámpara del recibidor.

—¡Dixon! ¡Estás borracho! —recriminé, dando un portazo que retumbó en todo el edificio—. Levanta de ahí… ¡Me da vergüenza verte en semejante estado!

—Tú... tú no sabes lo que es vergüenza... ¡Sal de mi casa! ¡No quiero más trastos con... contigo!

Algo había pasado. *Algo inusitado*. Jerry II sabía preparar concienzudamente su coartada y utilizaría a Dixon en beneficio propio. Mis pensamientos se interrumpieron, porque tuve que aprestarme a la defensa sin dilación. Koes blandió la pesada lámpara por el pie y avanzó, describiendo eses, contra mí. Su intención era estrellármela en el cráneo. Lamenté verme obligado a proceder por la vía violenta; pero lo hice en defensa propia.

Jugando las piernas y cerrando la guardia, hice uso de mi esgrima boxística favorita. Disparé un puñetazo veloz al desprotegido estómago de mi amigo y, acto seguido, le asesté un directo en corto al mentón. Llevaba demasiado alcohol dentro del cuerpo para resistir el duro castigo. Se desplomó de espaldas sin soltar un suspiro. Entonces, pasándome una mano por la sudorosa frente, traté de coordinar la anarquía mental que imperaba en mi cerebro.

No voy a detallar lo que pensé y sentí durante las siguientes ocho horas. Fue otra experiencia nueva que me cupo en suerte vivir. El abuso alcohólico y la paliza dejaron a Dixon conmocionado, y tuve que pelear con ahínco para arrancarle de la inconsciencia. Sufría un ataque que era mezcla de sueño atroncado e indiferencia total. Había varias botellas a medio vaciar, cubitos de hielo y un tocadiscos electrónico que funcionaba a toda voz en el saloncito. Sin duda quiso obsequiarse con una fiesta histórica... y lo consiguió.

Me despojé de la chaqueta, desconecté el *pick-up* y dediqué la máxima atención, y esfuerzos, para reanimar al inerte Dixon. Jamás he visto a una persona con el cuerpo tan rebosante de *whisky*, ginebra y soda. Le desnudé. Abrí las llaves del baño y lo metí dentro. El hielo me sirvió para aplicarle compresas a la cabeza. Pero no reaccionó.

No había leche —y a falta de este elemento vomitivo— preparé café en abundancia. Le hice beber. Le obligué a ingerir líquido hasta que amenazó con rebosarle por los oídos. Expulsó una gran parte y yo recibí las sucesivas duchas. Al fin, cerca de las nueve de la noche, dejó de quejarse y habló con cierta coherencia.

—Me... me despediste, Jerry —mascullaba con voz estropajosa—. ¡A mí! A tu mejor amigo... a tu consejero de siempre... ¡Sólo por llevarte la contraria! Por... por eso pesqué la borrachera. Necesitaba olvidar el daño recibido...

Las cosas se aclaraban. Aún estaba lo bastante ebrio como para considerar estéril tratar de inculcarle en la mollera que no fui yo, *sino el otro*, quien le puso de patitas en la calle. Lo trasladé a la cama y no tardó en dormirse como una marmota. De nada podría servirme hasta el día siguiente. Entonces tuve una idea luminosa.

Pensé que Sylvia y él constituían los factores decisivos en la

coartada que Jerry II intentaba establecer. Los triunfos cambiarían de mano si lograba arrebatárselos. Con Dixon podía confiar, ya que necesitaría una grúa para arrancarle del lecho. Debía traer a mi prometida hasta el departamento. Cuando Jerry II *se viese solo* comprendería que el único medio de eliminarme consistía en buscarme *cara a cara*. Y yo me sabía mucho más fuerte que él.

Llamé por teléfono a casa de los Ferrell y pregunté por Jones. Sabía que podía confiar en el mayordomo. Se puso al aparato y le oí sofocar un juramento apenas darme a conocer.

—¡No cuelgue, Jones! —ordené—. Continuamos con la broma de que le hablé. Se trata de algo muy divertido que hará desternillarse de risa a todos... incluso a la señorita Sylvia. Atiéndame, por favor. ¿No le gustaría ganarse cien dólares?

—Oiga, señor Holman... ¡o quien sea! No me gusta su sentido del humor. Hace escasamente una hora les he visto salir *a los dos* cogidos del brazo para dirigirse a Broadway...

—Ya lo sé —atajé—. Fuimos al estreno de gala del *Palace*, ¿no es cierto?

—¡Claro que no! A usted mismo le oí decir que iban a ver las variedades chinas de Leo Wassen...

—¿Vestía de etiqueta?

—Sí. Pero... ¿a qué vienen tantas preguntas? ¡Va a volverme loco!

—¡Gracias, Jones! ¡Se ha ganado los cien dólares!

—¿Qué demonios le pasa, señor Holman? ¡Está desconocido!

—Nada, Jones. ¡Me ha hecho un inestimable favor!

—Pero...

Le dejé con la palabra en la boca. ¡Sabía ya lo que necesitaba! Aquella noche tuve que correr una estrepitosa carrera contra el tiempo. Por fortuna, yo conocía las costumbres de Sylvia mucho mejor que mi *doble*. En ese terreno podía darle lecciones.

Estaba decidido a actuar. A asegurarme la inocencia por mí mismo y sin *demora*. Consulté el reloj. Las variedades chinas debían encontrarse a punto de terminar la primera parte. Corrí con frenesí al ropero de Dixon.

Gracias a la Providencia él y yo éramos de parecida estatura y constitución física. Me abalancé literalmente sobre su smoking y comencé a vestirme con ese nerviosismo que se caracteriza por la falta de acierto. ¡Ahora yo también sería Jerry Holman II!

Antes de abandonar el departamento amueblado me aseguré de que Dixon dormía profundamente. No había peligro de que se atreviese a saltar de la cama. Me apoderé de su llavín y, como simple precaución, cerré la puerta. Media coartada de mi *doble* seguiría prisionera hasta que yo regresase. ¡Y entonces esperaba traer la coartada *completa*!

Lancé el *Zephyr* por las charoladas avenidas de Nueva York sin importarme demasiado las señales urbanas. ¡Cada segundo era precioso! Ponía en juego no solo mi futuro, sino la vida. Los atascos del tráfico me hacían maldecir… y maldije continuamente a medida que me acercaba al corazón de la dudad. Al fin —Dios escuchó mis plegarias— … ¡Broadway!

Naturalmente, no quedaba ni un solo boleto en contaduría. Los carteles proclamando la carencia de entradas ocupaban un amplio sector de la iluminada fachada. Ello no bastó para detenerme. Creo que no me hubiese detenido ni la legendaria muralla que iba desmenuzándose al paso de los siglos en el país original de la *troupe* de variedades que actuaba con resonante éxito. Yo iba lanzado con el impulso de un proyectil de cohetería.

Estacioné el *Zephyr* a dos manzanas del teatro, porque ya no quedaba ni media pulgada libre para aparcar. Extraje dos verdosos billetes de la cartera y, con ellos en la mano, me encaré con el portero que custodiaba la entrada al local. Le abaniqué debajo de la barbilla. En son de tentación murmuré:

—Me he dejado las localidades en casa. Pero encontré estos papelitos en un bolsillo. ¿Quiere guardárselos, amigo?

—Una desgracia —contestó el portero, guiñando sus ojos con avaricia—. Lo siento. Por fortuna, dentro de pocos minutos empezará el entreacto.

—Esperaré en el bar.

—Muy bien, señor. Le gustará el espectáculo.

—Eso creo.

Fui, desde luego, al bar. Pedí un combinado fuerte y lo saboreé mientras fumaba un pitillo. Desde allí podía escuchar los aplausos y las exclamaciones del público. Un éxito digno de Broadway.

—Actúa el profesor Wu-Fang —declaró el *barman*—. Es algo sorprendente. Hace creer al respetable que puede transformarse *en dos personas distintas*.

Improvisé una risita agria. Jerry II debía estar disfrutando con el trabajo de ilusionismo y, a la vez, burlándose de todo el género humano, porque él mismo era *el producto doble* de otra persona distinta. Pero sin ilusión. La ovación final fue algo resonante, como una salva de artillería. Me sentí, de pronto, extraordinariamente tranquilo. Libre de inquietudes. Seguro de mí mismo. Apuré el combinado y respiré hondo.

Las puertas se abrieron y una legión representada por el público inició el desfile hacia el vestíbulo. Me aparté del mostrador y fui, fumando en silencio, hasta el amplio tocador de señoras. Sylvia Ferrell —estuviese donde estuviese— saldría a empolvarse la nariz y a retocar su maquillaje. La conocía bien. ¡Oh, Sylvia, cuánto ansiaba tenerte de

nuevo junto a mí!

La vi, hermosa y rutilante, dentro de su mágico vestido de noche que parecía plata tejida. Llevaba el bolsillo en la mano derecha. Jerry II —¡el maldito duplicado!— la acompañó hasta la entrada del salón y se despidió de ella con una sonrisa melosa. ¡El muy canalla!

Sentí impulsos de aplastarle allí mismo… pero ello habría desbaratado todos mis planes. En vez de dejarme llevar por la cólera, me oculté tras una de las marmóreas columnas salomónicas del *hall*. Allí esperé, hasta que Jerry se hubo diluido entre la muchedumbre.

Fue una sensación rara volver a rozar la fina piel del brazo de Sylvia. Ella se volvió instantáneamente y clavó los maravillosos ojos azules en los míos. Parecía sorprendida. Los rojos labios se entreabrieron al sonreír, descubriendo la sarta nívea de los dientes. A mi lado, el abigarrado colmeneo del gentío me hizo hervir la sangre.

—¿Ya de vuelta, querido? ¡Qué pronto!

—Vámonos —decidí, seco—. Podrás empolvarte la nariz en el coche.

—¿No te gusta el espectáculo? ¡Si acabas de decirme que es lo más colosal que viste en la vida!

—¡No sé lo que dije! Bueno… —dulcifiqué—. No importa lo que dijera antes. Vámonos, cielo. ¡Vámonos!

—Pero, Jerry… ¿Dónde hemos de ir a estas horas?

—Es una sorpresa. Te encantan las sorpresas, ¿no? —la tomé del brazo—. ¡Te dejaré satisfecha para siempre, cariño!

Aun ahora me parece estar viendo su frunce de enojo y el leve hociquillo retador. Nunca fui enérgico con Sylvia y ella se acostumbró a transformar en órdenes los menores caprichos. Pero entonces me mostré intolerante y casi brutal. La arrastré por el vestíbulo, luchando contra su oposición.

—No corras tanto —se lamentó—. Bien, Jerry. Nos iremos… aunque no acierto a comprender la razón. Esa sorpresa podías dejarla para mañana. Ve a traerme la capa. Tú llevas la señal de guardarropía.

—Te compraré mil capas mejores que ésa, Sylvia. ¡Pero vámonos de aquí enseguida!

—¡Oh, Jerry! ¡Estás odioso!

Me dolió su respuesta. Fue como una puñalada en pleno corazón. Creo que ella debió leer algo en mi mirada que la aterrorizó. No sé. Olvidó la capa y bajó la cabeza. De pronto, sin alzar la vista, musitó:

—Cualquiera diría que eres otra persona…

—¡Calla! ¡Y no vuelvas a repetir eso!

—Salimos del teatro y el portero me dedicó una inclinación de cabeza, con la que sin duda intentaba darme a entender que comprendía los motivos de mi empeño en entrar. Una mujer como Sylvia —pensaría— era capaz de trastornar los sentidos. En la acera,

malhumorada, mi prometida echó a andar hacia la derecha. Yo la sujeté firme por el brazo y la llevé *hacia la izquierda*.

—¿Qué haces? —inquirió.

—Vamos al coche.

—No está por ese lado. Recuerdo bien que lo dejaste en…

—Escucha, Sylvia. Lo que tengo que decirte es muy importante. Algo más que una sorpresa vulgar. Algo de vida o muerte, nena. Te ruego que no hagas preguntas todavía y te dejes conducir por mí. Todo quedará aclarado. Y te necesito. ¡Te necesito como nunca!

—Me asustas, Jerry —dijo con seriedad.

—Ya lo sé. Perdona. Es necesario.

Llegamos al *Zephyr*. Conocía mi vehículo deportivo y capté los temblores que la estremecían bajo la piel. Ella *estaba segura* de haber acudido al teatro con el *Firelance*. Fue un mal momento para ambos y, al instalamos en el interior, la rodeé los hombros con el brazo y besé su boca apasionadamente. La caricia pareció calmarla. Se acurrucó, mimosa, en mi pecho.

—Ya vuelves a ser el mismo de antes —suspiró—. Otra vez te muestras cariñoso.

Enrojecí. Quise apartar de mi mente lo que aquello significaba. La ofensa que, sin saberlo, me infirió aceptando los agasajos de Jerry II. Puse el *Zephyr* en marcha y salimos igual que pilotando un bólido.

—¿A dónde me llevas? —preguntó, utilizando el espejo retrovisor para examinarse el rostro.

—A mi despacho de la “Science” —repliqué—. Tengo que recoger un pequeño aparato extremadamente útil para registrar conversaciones. Un *electrocopiador*.

—¿Y después?

—A casa de Dixon Koes. Allí os contare a los dos la asombrosa historia de Jerry Holman y su *doble idéntico*. Comprenderás por qué existe alguna diferencia entre él y yo.

La barra de carmín cayó de su mano. Tomé una curva y pisé a fondo. No quise mirarla a los ojos por temor a descubrir el horror que sentía. Sylvia Ferrell me contemplaba igual que si yo fuese una absurda *copia* en lugar de un auténtico *original* de carne y hueso.

CAPÍTULO VIII

LA TRAMPA

Sylvia y Dixon mirábanme como a un aparecido. Por la ventana del saloncito llegaba la claridad del alba, que hacía palidecer la iluminación artificial de la pieza. Habíamos dejado transcurrir toda la noche hablando. Pero valió la pena. Ahora estaba seguro de que logré convencerles y aceptaron de buen grado otorgarme su incondicional ayuda.

—Por eso os he traído aquí —terminé con voz ronca—. Necesitaba confiar a alguien mi problema y vosotros sois, precisamente, los mejores amigos de que dispongo. Supongo que a ti, Dixon, no te habrá sorprendido tanto el relato porque ya estabas en antecedentes del invento del doctor Berkeley. Acepto la culpa de haber llegado demasiado lejos. Os he envuelto a todos por causa de mi desatada ambición. Pero ahora hay que poner remedio. Atrapar a Jerry II y traerlo hasta aquí utilizando un buen cebo. Espero que tú seas el cebo, Sylvia. En esta casa he preparado la trampa.

—Haré lo que tú ordenes, querido —dijo Sylvia nerviosamente—. Estoy muerta de miedo. ¡Creer que ese horrible producto era un ser humano...!

—Nos ha ocurrido a todos lo mismo —rezongó Dixon, cuyos ojos inyectados en sangre miraban las puntas de sus extendidas manos—. Yo también creí que fue Jerry quien me despidió. ¡Hay que darle su merecido! Siento de veras la desgracia del doctor Berkeley; pero ya que la utilidad de su *multirreproductor* no podrá ser demostrada, conviene eliminar de este mundo el peligro que representa su único producto orgánico duplicado. Convengo en que se trata de un ser criminal. Desconoce los sentimientos. Solo nos causaría daños irreparables...

—No podemos tomarnos la justicia por nuestra mano —dije—. Ese trabajo corresponde a la Ley.

—¿Entonces...?

—Intentaremos facilitarles el camino, Dixon. Me he propuesto atrapar a mi *doble* y dentro de unas horas nos pondremos los tres en acción. Lo volveremos loco... si es posible trastornar todavía más la razón de un desequilibrado congénito. Hay que aturdirle. Que sofocarle. Hacerle ver bien claro que es un *extraño* en la Tierra, a la que no podría adaptarse jamás. Cuando lo llevemos a la Central de Seguridad, quiero presentar, aparte de vuestra prueba testifical, otra prueba sonora... y para ello he traído el *electrocopiador* de la oficina.

Podrá registrar toda la conversación, de modo que su voz, aunque parezca la mía propia, sirva para acusarle. Escuchadme con atención…

Les expliqué mi plan minuciosamente. Ellos me escuchaban embelesados y solo salieron de su abstracción bastante después, cuando llegó el momento de discutir y redondear los pormenores. Eran sobre las nueve de la mañana al quedar ultimados los extremos finales. Dixon preparó abundante desayuno para todos y lo comimos sin dejar de conversar.

Me costó un poco convencer a Sylvia de que no avisase a su familia. Advertirles que nada malo le sucedía, hubiese sido tanto como levantar el velo protector bajo el que pretendíamos encubrir nuestra actuación. Consintió en ello y fue para mí un gran alivio, puesto que Jerry II debía hallarse desconcertado desde que la acompañó al tocador de señoras la noche anterior. Los tres nos aplicamos a la labor preconcebida sin descanso y durante dos días y medio —tiempo que duró la agotadora espera— el departamento de Dixon fue nuestro obligado cuartel general.

Creo que sería alargar mi relato innecesariamente dejar prolija constancia de nuestros manejos durante aquellas inolvidables sesenta horas. Además, lo he declarado ante varios tribunales desde que comenzó el sensacional proceso de mi *caso*.

Los Ferrell comunicaron la desaparición de Sylvia y la policía buscó la menor pista denodadamente. Ella fue un gran auxiliar en mi proyecto. Desde el momento que habló con Jerry II utilizando un telerreceptor —para que pudiese verla— mi *doble* tuvo conocimiento de que se hallaba viva; pero ignoraba el escondite dónde localizarla. Mi amigo Dixon se puso en contacto con sus ex-subordinados del Departamento Técnico de la “Science” y les infundió las dudas suficientes para que empezasen a recelar de Jerry. Como yo suponía, mi duplicado orgánico se aturrulló ante sus reiteradas consultas y no supo ofrecer las soluciones adecuadas. Con ello, poniendo en evidencia su supina ignorancia, ganaba una decisiva baza, ya que más tarde podrían todos declarar que durante los últimos dos días el señor Holman se comportó *igual que si no fuese el mismo director que ellos conocían*.

Yo trataba de conseguir por cualquier medio tantos a mi favor. Quería que cuando Jerry II fuese detenido, se produjese tal cúmulo de contradicciones que al fin resplandeciese la idea de que éramos *dos personas distintas* pese a nuestra extraordinaria semejanza física. Empleé el teléfono sin descanso, llamándole a mi piso, agobiándole, acorralándole en suma hasta obligarle a que sus nervios diesen un estallido. Debí conseguirlo. Me convertí en la pesadilla insufrible de mi propia pesadilla. Renuncio a seguir explicando más. Se me juzga por un hecho delictivo en primer grado. Ahora voy a describir cómo

sucedió realmente ese hecho por el que me veo en el banquillo de los acusados.

La última vez que Sylvia habló con él, me confesó que estaba desencajado, desquiciado lo mismo que un enfermo. Sus reducidos resortes mentales le fallaron cuando más fecundamente creía madurada su coartada sin tacha. Sylvia le dijo que conocía el secreto. Que ya no podría volver a engañarla y que aguardaba una explicación a fondo antes de regresar a su casa para contarlo *todo* a la policía. Había llegado el momento. Le dio nuestra dirección y Jerry II aceptó acudir a la cita.

Quizá parezca pueril. La verdad suena a falsa, tal vez porque la verdad tiene siempre mucho de absurda. Aquella tarde, Sylvia, Dixon y yo vivimos la desazón más irresistible de nuestra existencia. ¡Jerry II acudiría al piso! Lo habíamos preparado todo. El cebo actuó a maravilla y la trampa esperaba el instante supremo de atrapar a su presa. Recuerdo las incertidumbres de última hora.

—No se atreverá a venir —repetía Dixon—. Sabe que ello encierra un inminente peligro para él.

—Vendrá —opuse yo—. No le hemos dejado otra salida. Está cercado. Vendrá, Dixon. Seguro.

—¿Y si acude a la policía? —aventuró Sylvia.

—No temas. Eso sería meterse él mismo la soga al cuello. Nos facilitaría el trabajo. Vendrá solo. No puede suponer que tú y yo estamos juntos...

La realidad —la monstruosa realidad— es que no eludió la cita fatal. Acaso él había presentido algo. Yo volví a cometer un error al subestimar sus facultades mentales. Era un engendro. Un organismo sintético *copiado* del mío por ignotos procesos cíclicos que Kurt Berkeley se llevó a la tumba. Pero plagado de lacras, de taras mentales, cerebralmente retorcido. Dejo las consideraciones para mis jueces. Éste es el desenlace.

Cuando pulsó el zumbador y extendióse su sonido achicharrado, los tres nos quedamos helados, petrificados de ansiedad, estrábicos. Con un ademán —ordené a Dixon que fuese a abrir, mientras Sylvia se ocultaba. Hasta el saloncito llegó el rumor de voces apagadas. Conecté el *electrocopiador* y fui a sentarme en el sillón que ocupaba el rincón más alejado de la estancia.

—¡Usted! —exclamó Jerry.

—Sí —replicó Dixon—. No tema. La señorita Ferrell le aguarda. Quería que la entrevista fuese privada y por ello escogió mi piso. Adelante.

—¿Sabe la verdad? ¡Hábleme, Koes!

—Usted y yo no tenemos nada que hablar. Pase... y pierda cuidado. No voy a escucharles.

Una vez más me sorprendió aquel ser diabólico. Poseía una sangre fría insuperable. Escuché su risita mordaz, tan igual a la mía. Los pasos se acercaron por el pasillo. Llegaba solo. Traspuso el umbral sin vacilaciones, dueño de sus actos. Llevaba la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana. Di vuelta al interruptor de la luz y el foco le bañó con el haz, dejándome a mí en penumbras.

—¿Dónde estás, Sylvia? —preguntó sin pestañear, fija la vista en el sillón.

—¡Hola, granuja —contesté—. ¡He acudido yo en lugar de Sylvia Ferrell!

Se detuvo. Entornó los párpados. Fue un momento de inmensa tensión. Vi que las venas de su frente se abultaban. Debía esforzarse en discurrir algún ardid.

—¡Jerry! —susurró al fin.

—Sí —admití, saliendo a la luz—. Ahora vamos a hablar cara a cara, sin disfraces. Has usurpado mi persona por bastante tiempo. Desde que el doctor Berkeley te dio la vida, sólo causaste desgracias. ¡Tú fuiste el culpable del incendio de la *villa* y de su muerte…!

—¿Y *ella*? —atajó—. ¿Por qué secuestras a mi prometida?

—¿Tu prometida? ¿Desde cuándo una criatura artificial tiene derecho a prometerse a un ser humano?

—Tú eres el artificial. Jerry. ¡Tú eres el *doble*!

—Estás loco.

—¡No lo estoy! Dile que salga. ¡Que compare! Ella puede elegir al *original* y rechazar la *copia*. ¡Demuestra que no soy el verdadero! Estamos en el mismo caso y tenemos iguales pruebas a favor…

—Te equivocas, Jerry. Te equivocaste siempre —hallaba cierto gozo en desconcertarle—. Hay una prueba. La única. La que demuestra que serví de modelo para que nacieses a imagen y semejanza. Hasta llevas mi sangre. Te regalé una parte de ella… ¡y conservo una herida en el pecho *que tú no tienes*!

—¡Mentira!

—¡Míralo por tus propios ojos!

Abrí mi camisa de un zarpazo. Allí estaba el emplasto de algodón sujeto por tiras adhesivas. ¡La prueba reveladora! Apretó la boca y el brillo de sus ojos se hizo cruel, despiadado. Era un criminal nato, como dijo Berkeley. *Un asesino por naturaleza*. No inició la controversia que yo esperaba y para la cual dispuse el *electrocopiador*. Tampoco me atacó abiertamente, porque sabía que físicamente nada podía contra mí. Pero había venido preparado. Acaso lo hizo *pensando en Sylvia*. Sea como fuere, sacó la mano del bolsillo… ¡y la mostró armada con el revólver de microdardos que yo guardaba en la mesilla de noche del piso!

—Adiós, hermano —sonrió con frialdad siniestra—. ¡La cuestión

quedará saldada para siempre!

Iba a matarme. *Iba a matarme*. Lo comprendí desde el instante que cerró el índice en torno al gatillo. Nada le detendría. Yo era un *estorbo*. Sin coartada, sin lógica y hasta sin emoción… ¡quería borrarme del mundo de los vivos!

¡ZUMMP…! El disparo carente de fogonazo se produjo al tiempo que me arrojaba precipitadamente sobre la lámpara. Un microdardo pasó silbando junto a mi oído izquierdo y se incrustó en la pared, abriendo una desconchadura de varias pulgadas. Era un arma terrible por sus efectos. El tamaño de los proyectiles no excedía del de una aguja normal y por eso penetraban en el cuerpo sin dejar huella. Pero la pólvora atómica estallaba dentro… ¡convirtiendo al ser humano en una rota piltrafa! ¡No existían heridos de microdardos, *sólo muertos*!

La lámpara rebotó en el suelo y se apagó. Quedamos a oscuras. Me agazapé, tenso, y contuve el aliento. ¡Dios Todopoderoso, un poco de Tu clemencia! Percibía sus movimientos felinos, casi ingrávidos, *buscándome*. Salté hacia atrás. ¡Había estado a punto de rozarle!

¡ZUMMP!… Otro microdardo escapó del revólver e hizo trizas toda la botellería del mueble bar. Sylvia —incapaz de soportar la tortura— emitió un grito escalofriante. Me mordí los labios. Una sombra cruzó ante mí. Vi algo que brillaba en su mano, y no me detuve a razonar. Brinqué de cabeza y se produjo un violento encontronazo, tras el que ambos caímos rodando al suelo.

—¡Jerry!

—¡Maldito asesino…!

Yo era mucho más fuerte, más vigoroso. Lo he dicho e insistiré sobre ello, porque creo que puede ser tomado como justificación. Sé que forcejeamos. Sé que su aliento húmedo me sofocó la cara y noté la contracción de sus músculos. Me sentía enloquecido. No pensé en las consecuencias. Entonces sólo me aterraba la idea de morir. Cuando torcí su brazo y escuché el crujir de huesos no podía sospechar que estaba rompiéndole la mano igual que se destroza una figura de porcelana. Y de pronto, estremecedoramente cerca… ¡¡ZUMMP!!

Me desplomé sobre él, *sobre su cuerpo sin vida*. Así permanecimos —yo aturdido y él inmóvil— no sé cuántos minutos u horas. Al fin, brilló una luz y le vi caído debajo, convertida su cabeza en una masa oscura y sangrante.

Dixon me apartó, sacudiéndome por los hombros, gritando histéricamente frases sin sentido. Luego, hay algo que recuerdo bien. Los brazos de Sylvia se ciñeron a mi cuello y yo la abracé también, impresionado por sus sollozos.

—Le has dado… en el cráneo —balbuceó entre lágrimas y jadeos —. Está irreconocible… Nadie creerá que erais iguales, Jerry… Nadie lo creerá… ¡Que el Señor tenga piedad de nosotros!

* * *

La sala continuaba llena. Abarrotada por una multitud estática y lúgubre. Contenía treinta mil almas, pero en ella no se escuchaba ni un leve suspiro. Jerry Holman, joven heredero de la “Science Machine Co”, multimillonario y deportivo buscador de talentos, había hablado. Con cansancio, abrumado, se sentó en el banquillo, y los miembros del Jurado que componían el Magno Tribunal de la Corte Suprema volvieron los ojos hacia él.

Jerry, por entre el mar de rostros y expresiones contradictorias, miraba fijamente a la hermosa Sylvia Ferrell, que mordía un pañuelo para ahogar su llanto. He ahí la autodefensa. El relato mondo y cierto de la verdad. Después, llegaría el veredicto. Podían creerle o negarse a aceptar los hechos. Su vida dependía de un voto a favor.

La sentencia tardaría en saberse. Serían necesarias profundas deliberaciones. Vuelta a empezar o término inexorable. También ustedes han sido como miembros de un jurado anónimo. Conocen los hechos. ¿Hubo asesinato? ¿No libró Jerry Holman a la Humanidad de un mal indescriptible? Opinen.

Digan lo que sientan. La existencia de un semejante aguarda su dictamen. Solo tienen que pronunciar una de estas dos palabras: *Culpable*… o *Inocente*.

Bien. Adelante. ¡Pero tengan cuidado! Quizá alguien de ustedes se encuentre algún día en el mismo banquillo que ocupa un joven descorazonado a quien llaman Jerry Holman. ¡Mucho cuidado, amigos!

FIN

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

145

¿Qué tenebroso misterio envolvía a las naves que desaparecían sin dejar el más leve rastro tras de sí?
¿Cuál era la maldición que pesaba sobre el camino abierto en el cielo por la humanidad marciana?
Flotas enteras se esfumaban trágicamente apenas emprendían

LA RUTA PERDIDA

Marte contaba por horas la duración de su futuro. Sus mejores pilotos astronáuticos eran irremisiblemente arrastrados hacia las profundidades de Phobos, el satélite de fuego. El tráfico vital de oxígeno había quedado interrumpido, y el pánico cortaba todas las posibilidades de reemprenderlo. A ningún precio osaba nadie aventurarse más allá de

LA RUTA PERDIDA

Solo un intrépido terrestre decidió romper la maldita barrera. Y a partir de aquel instante se vio envuelto en la vorágine del más espeluznante suceso acaecido en los espacios siderales.
KAREL STERLING
convertirá a cada lector de éste su último relato, en un protagonista más de la formidable aventura. No pierda esta ocasión que les ofrecerá en su próximo número la acreditada colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura